

## CORRESPONDENCIA

## TUNG-KING

*Reseña de los sucesos más principales del vicariato general.*

El Rdo. P. Fr. Máximo Fernández, O. P., escribe al Padre Provincial desde Phu-nhai el 20 de Abril de 1893:

EL número de adultos bautizados en todo el año 92 asciende á 2,245, es decir, que van en aumento las conversiones, puesto que anteriormente ningún año se habían bautizado tantos.

El estado actual de este vicariato es tranquilo, mas las circunstancias van siendo de día en día más desfavorables á la predicación del Evangelio. Es cierto que la conversión de los infieles ha encontrado siempre muchos obstáculos; mas éstos, gracias á Dios, ordinariamente se vencían con el prestigio de que gozaban los misioneros y la benevolencia, ó al menos imparcialidad, de las Autoridades; pero de algún tiempo á esta parte se nota en algunos europeos, funcionarios subalternos, cierto conato de destruir el prestigio é influencia de los misioneros. El año pasado han sucedido casos que no creo prudente detallar aquí: baste decir que llegó á tal punto el modo de proceder de cierta Autoridad subalterna, que fué preciso recurrir á la Autoridad superior.

Estos sucesos tienen mucho eco y producen fatales consecuencias, aun cuando la Autoridad superior, en su buen deseo de hacer justicia, oiga y atienda á nuestras justas reclamaciones, como lo ha hecho. Pues con sólo tener que recurrir á ella, basta para que los infieles se persuadan, como lo estamos viendo, de que ni los misioneros ni los neófitos pueden confiar en la imparcialidad de la Autoridad de la provincia, y con esta persuasión cobren más audacia para promover disturbios é inventar calumnias. Por otra parte, muchos cristianos nuevos, débiles todavía como plantas tiernas, viéndose abrumados de vejaciones y calumnias de los infieles, y que el misionero, su protector nato, poco ó nada puede conseguir en su favor con reclamaciones, se desalientan y acaban por abandonar la Religión, volviéndose al

Paganismo. Se han dado ya varios casos de cristianos nuevos que han abandonado la Religión con la aprobación por escrito de la Autoridad de la provincia.

Dado este estado de cosas, nada extraño es que disminuyan notablemente las conversiones, pues ni los misioneros se atreven á bautizar á los que aún perseveran, hasta ver si pueden resistir las pruebas por que están pasando. Así y todo, grande es el número de adultos bautizados en este vicariato en todo el año 92. Pero indudablemente que sería mucho mayor, si esa Autoridad ó Residente de la provincia, secundado por algunos funcionarios subalternos, de las mismas ideas, no pusiese obstáculos cada día mayores á la conversión de los infieles.

Con la creación de la nueva provincia de Thai-binh fué preciso comprar terreno en el sitio de la nueva capital, pues conviene que en los centros importantes ha-

ya un misionero, ya por los cristianos que allí se instalan, ya también para atender más fácilmente á los negocios que ocurren. El año pasado determinamos que el P. Solá se encargase de esta nueva residencia, y que el padre Alonso le reemplazase en el partido de Bac-trach, que también pertenece á dicha provincia.

Celebrada la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen aquí en Phu-nhai, pasé con el P. Alonso á Bac-trach para instalarle yo mismo. Hacía veinte años justos que yo no había estado allí;

así que me sorprendió agradablemente el ver la transformación *in melius* de dicho pueblo, que cuenta 1,500 cristianos. Por varias relaciones consta el estado deplorable en que se encontraba con respecto á la observancia de la Religión, y los esfuerzos extraordinarios hechos por todos los Padres misioneros que allí se sucedieron durante estos veinte últimos años. Basta decir que hace veinte años sólo una parte observaba la Religión: casi todos los principales eran cristianos de sólo nombre, porque habían sido bautizados en la niñez; pero ni jamás se habían confesado, ni sabían la doctrina cristiana: muchos de ellos tenían mujer infiel y los hijos sin bautizar, teniendo pagoda y adoratorios particulares en sus casas, y practicando todo género de supersticiones. Es de notar que esta clase de cristianos es más difícil de convertir que los mismos infieles. Pues bien,



ARABIA.—Jebel-Muça (Monte de Moisés), en el Sinaí, visto desde el uadi Sebaigeh. (Pág. 354)



hoy día casi todos se han transformado, bautizándose sus mujeres é hijos, y observando ellos bien la Religión. Grande, pues, fué mi sorpresa y alegría cuando salieron todos á recibirnos. ¡Qué diferencia de cuando hace veinte años estuve allí con el Ilmo. Sr. Oñate! entonces sólo uno ó dos principales se nos presentaron: *hæc mutatio dexteræ Excelsi*. Algunos de los convertidos no sólo guardan hoy lo de obligación, sino que también dan muy buen ejemplo. El principal del pueblo, que es actual prefecto de Cantón, no falta ningún día á Misa, según me ha dicho el P. Alonso, y como tiene autoridad en toda la Toparquía, ayuda mucho al Padre misionero en asuntos de cristianos nuevos. Se ha introducido en el pueblo la frecuencia de Sacramentos, de modo que pocos días deja de haber gente á confesar, y los domingos y días festivos hay notable concurrencia á confesar y comulgar. Han construido una hermosa y espaciosa iglesia. Ahora sólo quedan uno ó dos rezagados que aun andan reacios para convertirse.

Instalado el P. Alonso, acompañé al P. Solá á su nuevo partido de Sacat, que es la principal residencia Misión del distrito, y sólo dista media hora de la nueva capital de Thai-binh, que está situada en una hermosa posición á la orilla derecha del río Tra-li. Desde entonces el P. Solá ha construido una pequeña iglesia para los cristianos que allí hay y una casa para sí. Aquí en Tung-king ninguna dificultad hay ni ha habido antes de ahora en la compra de terrenos y edificación de iglesias como en China: habiendo dinero se puede comprar todo el terreno que se quiera y en donde se quiera, edificando según nos place. Estuve con el P. Solá unos tres días, recibiendo visitas de todo el partido, que estaba muy contento por tener misionero europeo. Después volví á Bac-trach, y de allí pasé á visitar el partido del Ke-men, administrado por el P. Fr. Domingo Can, religioso de nuestra Orden. Este partido está situado á orillas del mar, junto á la embocadura del río Ba-lat, y es el que tiene mayor número de almas de todo el vicariato, pues cuenta 10,551 almas, y tiene el gran mérito de haber guardado al Ilmo. Sr. Riaño durante la furia de la última persecución; así que dicho señor siempre conservó una predilección especial á los cristianos de este partido. Como un solo Padre no podría administrar todo el partido, hay dos jóvenes sacerdotes que ayudan al P. Fr. Domingo, pero uno de ellos reside en una especie de isla que forma el Ba-lat al desembocar en la mar. En esta isla hay terrenos inmensos de aluvi6n, muy buenos para plantar arroz, y muchos cristianos se han instalado allí. Como desde el Ke-men es difícil atenderlos, pues hay que atravesar el río casi en la desembocadura, donde es muy ancho (en tiempos de lluvias y tempestades es peligroso y á veces imposible pasar), y se exponen los enfermos á morir sin Sacramentos; por estas razones está proyectada la fundación de un nuevo partido en dicha isla, cuyos habitantes aumentan de día en día, viniendo del interior en busca de buenas sementeras de arroz. Hay ya terreno escogido y una casita para el Padre misionero, pero todo es aún provisional.

Vinieron los cristianos de esta isla con el Padre tunquino á suplicarme que pasase allá, á lo que accedí con gusto para ver aquel territorio y las esperanzas que

podríamos concebir para lo futuro. Indudablemente con el tiempo habrá gran población. Hay hermosas campiñas, que cada año van adquiriendo mayor extensión por irse retirando la mar, poco á poco, dejando terrenos inmensos para el cultivo: es éste un fenómeno extraño que se viene verificando hace siglos, pues consta que gran parte del Tung-king era mar en tiempos remotos. Como en el verano el río arrastra inmensas cantidades de tierra, que es rechazada por el mar, se va depositando en las orillas hasta elevarse sobre el nivel del agua. Entonces los tunquinos se apoderan de estos terrenos, levantan terraplenes al rededor, y empiezan el cultivo. Es una cosa parecida á lo que sucede en el delta de Egipto con las avenidas del Nilo.

En esta isla de que voy hablando, todo está aún en embrión, y tienen aún que trabajar mucho en levantar los terraplenes, sin los cuales en tiempos de tifones y tempestades el mar se echa encima para recobrar lo que le han quitado, y lo arruina todo. El brazo opuesto del río que forma dicha isla, dicen que antiguamente era la principal y acaso única desembocadura del Ba-lat; mas hoy está casi cegado con la tierra de aluvi6n, de manera que en tiempo de aguas bajas se puede vadear.

De aquí pasé al partido inmediato, salí á la mar por el brazo del río menos profundo en un barquito que me envió el Padre tunquino que cuida del partido, y en tres horas llegué á Sa-chau, pueblo de 1,500 cristianos situado en la misma orilla del mar: ya me estaba esperando en la playa el Padre tunquino con todos los principales del pueblo. Este pueblo se ocupa casi todo en la pesca, y tienen que salir los pescadores hasta muy adentro de la mar: por esto con frecuencia acaecen desgracias, pues aunque no suelen salir á la mar sino cuando el tiempo está tranquilo y el cielo sereno, sucede que á veces se levanta de repente una turbonada, que no les da tiempo para volver, y como las barcas son muy débiles, se destrozan y muere ahogada la gente; otras veces se dejan llevar en dirección del viento y van á parar á Cochinchina, volviendo después por tierra cuando ya todo el mundo los creía muertos. Actualmente hay en este pueblo una buena casa para residencia del Padre tunquino, el cual unas temporadas reside aquí y otras en Quat-lam, residencia principal del partido, que de antiguo siempre perteneció á nuestra Orden. Pasé luego á esta residencia principal, que dista unas dos horas de la anterior. El pueblo de Quat-lam, es también grande, pues cuenta cerca de 2,000 cristianos, y está desparramado siguiendo la orilla del mar. Cada aglomeración ó barrio forma cristiandad á parte y tiene su iglesia correspondiente, además de la principal que está junto á la residencia del Padre misionero. La gente de aquí también se ocupa en la pesca, pero su principal oficio es hacer sal al calor del sol. Pasé á otro pueblo de 700 almas, en donde también hay casa residencia para el Padre misionero. Es pueblo nuevo, que sólo cuenta unos cincuenta años de existencia, y todos son cristianos. Los fundadores salieron todos de esta mi residencia de Phu-nhai, y son muy buenos cristianos. Como ellos se consideran casi como de Phu-nhai, en donde tienen aún muchos parientes, me recibieron con muy particulares muestras de afecto.



Tienen hermosa iglesia y siempre están en obras. Han dejado un hermoso terreno para edificar la casa residencia del Padre misionero, y todo su afán es por tener un misionero con residencia fija entre ellos. Por fin pude separarme de ellos, y regresé á Phu-nhai después de cerca de tres semanas de ausencia.

El año pasado hubo una inundación espantosa, cual nunca se había conocido, en la provincia de Hung-yen y parte de la de Thai-binh, que causó muchos daños, pues efecto de la pérdida de la cosecha del mes décimo, hay muchas hambres en los puntos inundados, teniendo que emigrar gran parte de la gente á buscar que comer.

### VICARIATO APOSTÓLICO DE EMUY

*Modo de propagar la Religión.—Fines de los gentiles cuando desean abrazarla.—Negligencia de las Autoridades en publicar y hacer observar los tratados favorables á la Religión.*

El Rdo. P. Fr. Pedro Aguirre, O. P., escribe la siguiente carta fechada en Chiang-chiu, el 15 de Julio de 1893:

EL método que empleamos para propagar la Religión, es muy diverso del que nos figurábamos en los fervores del tiempo del noviciado. En aquel tiempo feliz y de tanto recogimiento nos forjábamos la ilusión de que es fácil convertir á los chinos con sólo armarnos de un gran crucifijo, é ir á las selvas y montes en su busca, y predicarles con gran presencia de ánimo y celo heroico la doctrina, ejemplos y milagros de Aquel que se encarnó, padeció y resucitó por la salvación de todo el género humano; y nos creíamos tan dichosos de que por estos medios podríamos conseguir grandes victorias; mas por desgracia se ha visto por experiencia en tiempos remotos, y se ve también al presente, que este medio ni es oportuno, ni eficaz, ni realizable: primero porque la materia no está todavía dispuesta, esto es, el chino no está aún en disposición de recibir tan sublime doctrina sólo predicándole, ni exponiéndole con evidencia todos los motivos de credibilidad, porque difícilmente puede convencerse el chino por la sola razón y evidencia de la doctrina, sin que por otra parte vislumbre siquiera alguna sombra de su propio interés material y terreno; segundo, porque á los europeos nos consideran como *huanas* (extranjeros), que venimos á tierra ajena á buscar el sustento de su país, y que no venimos por puros motivos de Religión, y de este modo la doctrina que les predicamos no hace la menor mella ni impresión, por más que su entendimiento quede convencido de la verdad.

De esto sucedió un caso práctico hace cuarenta y cinco años en la persona de un venerable misionero celoso hasta lo sumo, y después prudentísimo Vicario apostólico de Fokien Norte. Al principio de llegar á la Misión, se dedicó con gran ahinco á estudiar no sólo el dialecto del país, sino las letras chinas, y en breve tiempo hizo grandes progresos en ambos, y llevado del extraordinario celo de la conversión de los gentiles, comenzó á predicar por los pueblos y aldeas, con un crucifijo que patente en su pecho llevaba, á aquel Dios desconocido para aquella gente. Y para llevar más felizmente

á cabo su heroica empresa, trabó amistades y entabló controversias religiosas con los literatos y otras personas ilustres, siguiendo el ejemplo y la convicción del antiguo misionero P. Victorio Ricci, de empezar por las clases de alto rango, para predicar luego con más libertad y efecto á las clases inferiores, puesto que en China es muy ordinario seguir las clases inferiores el ejemplo y doctrina de las clases superiores, aunque no vean en ello ninguna razón de ser. Con tan halagüeñas esperanzas continuó el infatigable misionero cuatro años: de día predicando y teniendo controversias religiosas con sus contrincantes, y de noche rogando á Dios por su conversión. Mas, ¡qué desengaño para el misionero apenas percibieron los chinos que sus fines materiales y egoístas no hallaban el efecto que buscaban! Luego abandonaron al misionero diciendo con la media risa tan hipócrita propia del chino, que en China había otras religiones propias del Estado, y que ellos no necesitaban seguir á una religión extranjera. El pobre misionero, al ver semejante desengaño, abandonó sus controversias con los literatos, y se fué al monte á un pueblo de muchos cristianos, donde permaneció cuarenta y tantos años hasta su muerte.

Cuando llegué yo en China, comencé también á estudiar con entusiasmo el idioma, que con la ayuda de Dios pude en breve chapurrear regularmente, en la confianza de hacer muchas conversiones entablando controversias con los literatos, y después con toda clase de gente, y además hacer muchas excursiones á pueblos lejanos y montaraces; mas todos mis proyectos se desvanecieron como una ilusión, porque después que muchos me prometieron de palabra convertirse, y quedaron convencidos de la verdad de nuestra Religión, á lo mejor se despedían y no volvían más.

Por estas razones, el modo ordinario que empleamos en propagar la Religión es mandar catequistas á los pueblos á predicar la doctrina, á quienes como á paisanos indígenas los escuchan con más interés y atención; y aunque es verdad que rarísimo será el gentil que acuda á oír al catequista por motivos puramente religiosos; pero también lo es que el catequista con su doctrina y ejemplos puede ir poco á poco enderezando los fines materiales y terrenos que abrigan sus oyentes al fin único necesario de la salvación de sus almas.

Una vez que han oído la doctrina enseñada por el catequista, el oficio del misionero es arraigarlos más en la fe, impugnar sus supersticiones con razones más palpables, y oír con paciencia sus cuitas y molestas impertinencias; en una palabra, hacerles ver que el negocio de la conversión es puramente del alma, y por tanto puramente espiritual, y llevar al término la obra comenzada y conservarla.

Otro de los medios directos de extender la Religión es la Santa Infancia, establecida con el fin de recoger niñas infieles, bautizarlas, é instruirlas en la Religión y en los oficios propios de la mujer, para que en lo futuro sean madres de familia verdaderamente cristianas. Estos oficios los desempeñan nuestras Hermanas Dominicas con el mayor esmero y exactitud, y con una caridad y abnegación verdaderamente admirables. El Gobierno chino también ha abierto en ciudades y lugares populosos varias casas de beneficencia, con el fin de



recoger á las niñas desechadas por sus padres naturales, para cuyo sostén sacan las Autoridades á los comerciantes del lugar una chapecas por cada carga de géneros que venden ó compran: resultando de aquí que saca millares de pesos en un año en favor de sus casas. Según esto, para recoger más niñas para la Santa Infancia, es preciso más dinero para rescatarlas haciendo competencia á los gentiles, que las compran para las casas gentílicas de beneficencia.

Otro de los medios que empleamos para la propaganda, es abrir escuelas y enseñar á los jóvenes, además de los libros de Confucio, expurgados de sus errores en materias de religión, los libros de la Religión católica. Esto, aunque sea un medio indirecto, siempre ayuda muchísimo para extender la fama y conocimiento de la verdadera Religión. Mas, ¿cómo podremos atender á tanta necesidad, aun cuando sea sufriendo nosotros todo género de privaciones, si por otra parte no hay alguna mano caritativa que nos ayude? El pobre señor Vicario apostólico socorre de vez en cuando; pero esto no puede ser siempre, ni es suficiente para los gastos que por precisión hay que hacer.

En el distrito á que la obediencia me ha destinado, abrí este año tres escuelas, el maestro de la principal se murió en el mes de Mayo, y ahora me hallo imposibilitado de llamar á otro, porque no tengo con que pagarle su salario, y me he visto obligado á cerrar la escuela. Que Dios Nuestro Señor inspire en las almas cristianas sentimientos de compasión y obras de caridad para con estos infelices.

Ya queda indicado arriba algo sobre los fines torcidos que abrigan los gentiles al venir á la Religión. Por tanto aquí sólo indicaré uno, que es de los más comunes. Se ve por experiencia, que los chinos que se convierten hoy día, por lo general todos son del apellido ó rama débil, mas los valentones ó familia del apellido fuerte, rarísimo es el que se convierte. La razón de lo primero es, porque aquéllos viven humillados y postergados por la fuerza bruta y tiranía de los segundos, y para librarse de semejante abyección se vienen á acoger bajo el amparo de la Religión católica, creyendo que así tendrán más prestigio y libertad para vivir entre aquéllos. Y la razón de lo segundo es, porque aquellos valentones, acostumbrados siempre á tener á los débiles como esclavos, á salir triunfantes en los litigios más injustos por la fuerza bruta, creen que ellos son los señores del pueblo y que para nada necesitan de la Religión.

Tal vez preguntará alguno: Si éstas son las disposiciones que abrigan los gentiles al abrazar la Religión católica, ¿qué conversiones se podrán esperar de ellos? A esto respondo, que al principio son del todo inútiles, vanas esas disposiciones, y por eso el gran trabajo del misionero consiste en rectificarlas é inducirlos á otras miras superiores. Siendo material el chino y haciéndolo todo por el interés, mientras el misionero no logre arrancarle, por decirlo así, á los prejuicios y errores vulgares que le dominan, jamás comprende que el negocio de hacerse cristiano se verifique sin algún interés material, sea para dar á la Religión, sea para percibir

de ella. Y por esto se ven tan frecuentes casos en que los gentiles que quieren convertirse, pregunten con la mayor naturalidad: «¿Cuánto dinero pedís por entrar en la Religión?» y por el contrario otros: «¿Cuánto dinero da la Religión por ingresar en ella?» Los primeros preguntan así, porque se persuaden que en haciéndose cristianos, la Religión responde de protegerles en todos sus negocios, ya civiles, ya religiosos, y que esto no se concibe sin que antes presten algún interés. Y los segundos preguntan al revés, porque se figuran que por entrar en la Religión le hacen un gran bien, y creen que en retribución les debe la Religión alguna recompensa. ¡Qué materialismo y egoísmo tan grosero! ¡Para todo ha de buscar el chino el dinero ó cosa equivalente!

Una vez ya admitidos los nuevos postulantes en el número de los catecúmenos, se levantan todas las huestes infernales y los demás gentiles, sean parientes ó conciudadanos, para estorbar que lleven adelante sus propósitos, forzándoles á desistir de su intento con mil obstáculos y artificios. Sería difícil de referir en toda una relación las injusticias, vejaciones y violencias que les motivan con dicho fin depravado.

El año pasado un nuevo catecúmeno de mi distrito sufrió mil injusticias, pérdidas y violencias de parte de los gentiles, por el único delito de haberse hecho cristiano. Tres alcaldes y valentones del pueblo se propusieron de intento molestarle y hacer de él el blanco de todas sus iras y rabias, incitando al populacho á robarle y usurparle todo cuanto la ambición de cada cual quería. Y no contentos con esto, lo maltrataron á golpes á él y á su mujer, dejándolos muy mal parados. En esta situación vino á la iglesia, á suplicar que le ayudase yo á pedir justicia al mandarín, y castigase á los revoltosos. Después de exhortarle á sufrir con paciencia tan cruda guerra, le prometí que le ayudaría ante el mandarín, puesto que en verdad era asunto de Religión. Presentamos, pues, la acusación al mandarín, mas éste, acostumbrado á ver en las acusaciones de los indígenas litigantes muchas exageraciones y falacias, al principio no hizo mucho caso de nuestra acusación, y no pudo persuadirse de su gravedad; por lo cual me vi obligado á hacerle una visita, á fin de convencerle que la cuestión era muy grave, y que si no hacía justicia se haría mucho más grave, y la Religión quedaría expuesta á las violencias del populacho, lo cual sería un gravamen del mismo mandarín, porque según los tratados estaba obligado á proteger la Religión cristiana y á los que la profesaban ó quisieren profesarla. A estas razones el mandarín me prometió hacer justicia. Pero ¡qué falaces son las promesas de un chino! Después de dirigirle una, dos, tres y cuatro acusaciones además de mi visita, y otra que le hice más tarde, todavía seguía tan frío como antes sin sentenciar la causa llamando á juicio á aquellos gentiles malhechores; y tan sólo enviaba sus esbirros á explotar á la parte acusada, sabiendo que aquéllos son un hato de pillos, que no desean más que ganar chapecas de los acusados, y así encubrir sus delitos defendiéndolos ante el mandarín. Finalmente, después de siete meses de incesantes acusaciones, y sufrir lo increíble, plugo á Dios que el



mandarín llamase á juicio á las partes contrincantes, y nos hizo justicia castigando á uno de los alcaldes con la pena de cuatrocientos azotes, y á redimir las pérdidas y vejaciones que habían causado al cristiano él y sus adeptos. Es verdad que si el asunto se hubiera llevado al Cónsul de España en Emuy, humanamente hablando hubiera terminado más pronto y con mejor resultado; pero los que estamos en el interior del continente, hallamos muchas dificultades para recurrir á él. Por esta causa pedí al expresado Cónsul tuviese la bondad de dirigir un oficio al Totai de la ciudad de Chiang-chiu, para que nos sacase un edicto en favor de la Religión cristiana, copiando únicamente el artículo 6.º de los Tratados de España con China, á fin de que el pueblo se enterase de su contenido, y no se atreviese á

visto, que los chinos no temen sino donde ven la espada de la Autoridad. Reflexione ahora, P. N., sobre estas razones, y vea si tenía yo motivos para pedir al Cónsul que hiciera publicar en favor de la Religión aunque no fuera más que el artículo 6.º del tratado con China. ¿Acaso no es muy justo y muy natural que se anuncien á la plebe las bases del convenio, para que pueda ser propagada la Religión católica sin obstáculo ninguno en las dieciocho provincias del Imperio? O ¿se han hecho por ventura los tratados para tan sólo tenerlos archivados con mucho sigilo, y no notificarlos á nadie, cuando los mismos tratados inculcan á las Autoridades que los promulguen y extiendan su noticia á todas las provincias del Imperio?



ARABIA.— El Ras-Safsafeh, en el Sinaí, visto desde la llanura de er-Raha. (Pág. 355)

molestar más á los cristianos: mas no tuvo efecto mi petición, por razones que no viene al caso exponer aquí.

Es increíble lo que nos hacen sufrir los gentiles en semejantes asuntos, máxime si son graves como el anterior. La causa de todo es, porque no se cuidan los mandarines de proteger y defender los derechos de la Religión, que de justicia y por convenio pactado en los tratados están obligados á defender. Así que, observando los gentiles la indiferencia de las Autoridades en orden á defender nuestros derechos, no temen molestar y vejar á los cristianos y catecúmenos, creyendo que no hay quien les asiente la mano aplicándoles el merecido castigo. Natural es que suceda así, sobre todo en el interior del continente, á donde no llega la influencia del Cónsul por la dificultad de comunicaciones. Y está

A fin de que se vea con más claridad la poca ó ninguna justicia que nos hacen las Autoridades chinas sin la intervención del Cónsul, voy á referir otro caso de actualidad, que todavía está pendiente después de cinco á seis meses de continuas denuncias y demandas.

A principios de Febrero de este año los gentiles de un pueblo distante cuatro leguas de aquí robaron á un catecúmeno del mismo pueblo un carabao, dos cerdos y varias imágenes de Santos, por el *gran pecado* (decían ellos) de no haber querido cooperar á las supersticiones públicas del pueblo. Vinieron, pues, él y otros cristianos de allí, á pedir auxilio al Padre misionero, y se mandó un oficio-acusación al mandarín, suplicándole castigase á los revoltosos. Mas él siguió los trámites ordinarios enviando sus esbirros á explotar á los acu-



sados y pedir cuenta del hecho. Todo lo cual es un *ma-remagnum* que casi nunca tiene fin, sino cuando las partes litigantes se fastidian y gastan por completo su hacienda en mutuas acusaciones; pues es de saber que los esbirros jamás defienden á la parte inocente si han percibido dinero de la parte culpable, como sucedió en este caso. Por tanto, los esbirros dieron al mandarín informes favorables á los gentiles, y además hicieron una contra-acusación dirigida por varios literatos que eran aliados de la parte gentil. El odio encarnizado, la burla sarcástica, la mentira paliada, y las excusas más hipócritas, eran todo el contenido de aquella contra-acusación. Y como escrita por los literatos, hallaron artificios y bastante astucia diabólica para hacer una defensa para un gentil muy limpia y plausible, aunque estuviese toda ella sembrada de calumnias y mentiras contra los cristianos. El mandarín se enteró de la contra-acusación, y no sé si creyó verdaderas aquellas mentiras y calumnias: el caso es que nada hizo, lo cual nos obligó á introducir una porción de escritos pidiéndole justicia, y aun continuaba en sus trece, hasta que por fin se le dirigió un oficio más severo haciéndole ver que aquellos literatos y demás revoltosos habían quebrantado los tratados, y que estando él obligado á defenderlos, tendría que salir responsable ante los tribunales superiores de los efectos consiguientes. Este raciocinio al parecer debió hacer en él alguna mella, pues que *incontinenti* mandó llamar á las dos partes, y sentenció que devolviesen el carabao y los cerdos á su dueño; pero no dijo una palabra de las imágenes robadas ni de las injusticias que cometieran con el cristiano por no querer cooperar con su dinero á las supersticiones, que era la parte más grave de la cuestión y por lo que habían quebrantado los tratados. Ni obligó á los culpables á que diesen alguna satisfacción á la parte ofendida, ni les multó á pagar los gastos del tribunal, y lo más grave y más trascendental de la cosa es que lo dejó *in statu quo*, y por eso aún se halla pendiente.

Véase, pues, en todo esto, cuán pobre é insuficiente es la justicia que nos hacen las Autoridades en lo tocante á Religión. Como el chino no respeta más que la vara y la Autoridad, y aquí en el interior no haya ninguna, se sigue que poco le importa quebrantar las leyes, no habiendo quien nos proteja y quien castigue por ello.

Por esta causa se nota por lo regular en las Autoridades chinas suma indiferencia y ningún interés en notificar al pueblo los edictos que dimanen de las Autoridades superiores protegiendo la Religión católica, según las circunstancias de tiempos; y si alguna vez hacen justicia á los cristianos en las vejaciones que sufren de los gentiles, es por temor de ser acusados ante las Autoridades superiores por faltar al cumplimiento de su deber si no protegen la Religión católica como están obligados en tales asuntos, y por temor de que les sobrevenga alguna reprensión. Para evitar este inconveniente, procuran cuanto les sea posible ocultar al pueblo todo lo que se ordena á proteger á la Religión, sean los tratados, sean los edictos del Emperador ó de otros gobernantes, á no ser que algún interés personal los estimule á hacer lo contrario.

En Enero del presente año mandé una carta-oficio al mandarín civil de Chiang-chiu, suplicando que nos sacase un edicto, que no fuese más que una copia de nuestros tratados de Religión, á fin de que se abstuviese la plebe de molestar á los neófitos injustamente, é impedir á otros hacerse cristianos. Mas ni vió mi súplica, ni tuvo la delicadeza de contestar á la carta.

Hace dos meses que el Totai de Chiang-chiu tuvo oficio del virrey de Fo-cheu (como me han anunciado algunos agentes del mismo Totai y otras personas) en que le ordenaba que sacase un edicto en favor de la Religión cristiana para publicarlo en la ciudad; pero hasta el presente no se ha tomado la molestia de cumplir la orden, ni creo que se dará mucha prisa en hacerlo. Y será generoso, si llega á cumplirla, aunque sea tarde y medianamente.

En vista de todo lo referido, se podría pensar que no tendríamos de la plebe libertad alguna para celebrar las funciones de la iglesia y su culto exterior con la pompa que nuestras fuerzas alcanzan, sobre todo en el centro de la gran ciudad de Chiang-chiu. Mas por dicha nuestra no sucede así, sino que las celebramos con músicas y demás aparato exterior, dejando paso libre á todo el que quiera presenciarnos, sin que por la misericordia de Dios acontezca ningún insulto ni perjuicio de parte de los gentiles. Todo esto reconoce por causa, á mi parecer, además de la protección del Santo Patriarca que es Patrono de la iglesia de esta Misión, el que la gente natural de esta ciudad sea de por sí muy pacífica y tímida (1), y el que esté la iglesia edificada en frente del prefecto de la ciudad y del Totai, que son las dos Autoridades principales, quienes aunque positivamente no hagan nada en orden á mostrar protección á la iglesia, siempre imponen con su presencia á la plebe, para que no se desmande ni alborote.

Los medios más eficaces para atraernos el afecto y estimación de estos gentiles serían, á mi juicio, abrir hospitales económicos, donde se recibiesen y cuidasen gratis á los enfermos infieles bajo la inspección de médicos y medicamentos chinos; abrir más escuelas para enseñar gratis á los infieles tomando ó contratando maestros á nuestra cuenta; reunir mayor número de catequistas á fin de extender la fama de nuestra Santa Religión, y quitar preocupaciones, que los gentiles tienen contra ella; alquilar casas chinas para recoger niñas y mandarlas á la Santa Infancia; destinar á otros á centros de comercio y vías públicas á predicar la doctrina á los transeúntes; destinar expresamente un misionero que no tenga otro cargo sino visitar con frecuencia todos los lugares á que haya llegado de un modo ó de otro la noticia de la Religión; abrir escuela mayor ó colegio público en el puerto de la Misión, donde se enseñasen algunas bellas artes; instruir á algunos cristianos de más disposición en la lengua mandarina y en el arte de arreglar los asuntos de los cristia-

(1) Aunque la forastera, menos numerosa, sea muy revoltosa y malévola.



nos y de la Religión, para que ayudaran en estas cosas después á los misioneros, etc.

Concluyo ésta, escrita bastante de prisa, pidiendo á V. R. perdone las muchas faltas que verá en ella: hasta el hablar en español se me va olvidando en China.

## NIGER (Africa Occidental)

### *Un hospicio de ancianos para la Misión de Asaba*

En la siguiente carta que leerán con interés nuestros lectores, de Sor Bonifacio, de las Misiones Africanas de Lyon, que cuida á los pobres desvalidos del Bajo Niger, se hace un llamamiento á las personas piadosas para que se dignen cooperar á una obra de las más dignas que pueden proponerse á la caridad cristiana:

MUCHO tiempo ha que deseaba escribiros para daros noticias de nuestras obras; pero el fallecimiento de algunas de nuestras Hermanas, y el exceso de trabajo, me han impedido hacerlo hasta ahora.

Apremiada por la necesidad que experimentamos, me apresuro á daros á conocer nuestra obra, que nos es imposible llevar adelante sin especial auxilio.

Tenemos que fundar un refugio para los ancianos incapaces de trabajar, y que, abandonados de todos, yacen en la miseria, cuando no mueren de hambre y de frío.

Hasta ahora hemos recogido á algunas infelices próximas á morir, á las que pudimos regenerar con las aguas del bautismo.

Cierta día una de nuestras niñas vió á una anciana enferma tendida en el camino, á la que sus parientes habían golpeado brutalmente para obligarla á que se alejara. Fuimos á buscarla, y nos dijo:

—Acogedme, para que no muera aquí sola.

Como no podía mover brazos ni piernas, fué preciso transportarla, y no habiendo lugar disponible, se habilitó un cobertizo, en que algunas esteras hicieron el oficio de paredes. Pareció muy contenta con la nueva morada, pero gozó poco de ella; pues habiéndose agravado su enfermedad, murió al cabo de quince días, después de haberla instruido y bautizado.

Otra vez nuestras niñas me llamaron para ver á una anciana que buscó refugio entre ellas. La pobre mujer me suplicó que no la desechara.

—Vengo de Ibusa (1), me dijo; querían quitarme la vida: ved las señales que tengo en los brazos y pies. Estaba ya atada, cuando logré fugarme durante la noche.

Es costumbre en este país dar muerte á dos ó tres esclavos al fallecimiento de un rey: la elección había recaído en esta infeliz. Muchos fanáticos quisieron quitárnosla para entregarla á las gentes de Ibusa; pero acudí al juez, que me prometió protegerla. Halláse todavía entre nosotros, y se considera muy feliz.

Viendo los Padres las dificultades que se ofrecían cada vez que recibíamos una nueva infortunada, resolvieron edificar una casa, que hemos puesto bajo la ad-

vocación de Nuestra Señora de Lourdes. Los Padres mismos, bajo la dirección del Rdo. P. Zappa, la levantaron con sus manos, y os certifico que les ha costado muchos sudores. Se necesita toda la abnegación del misionero para trabajar de la mañana á la noche bajo este sol ardiente.

Las paredes son de ladrillo, y el techo de hierro, está dividido en tres piezas. Al frente una *veranda* ó cobertizo nos sirve de cocina. Hace sólo dos meses que se concluyó el nuevo edificio, y ya está completamente lleno. Los misioneros se ofrecen á construir otro así que las almas buenas de Europa envíen lo indispensable para adquirir los materiales. ¡Cuántas almas podrían salvarse si hubiese facilidad de acoger á cuantos se presentan!

Además de las mujeres, también necesitan amparo los leprosos, que son muchos aquí. Uno de ellos puede aún venir cada dos días á buscar su ración. Al principio me dijo:

—Mi casa se arruinó, y paso la noche bajo los plátanos: cuando llueve, quedo enteramente mojado, y ni siquiera puedo hacer fuego para calentarme.

El Padre le dió una choza cerca de nuestra casa, y ahora viene á la capilla, permaneciendo solo en un rincón, pues á los negros les infunde mucho terror la lepra, y nada hacen en favor de los atacados de este mal.

Otro á quien sustentamos es aún más infeliz. Halléle un día casualmente visitando un barrio que dista quince minutos de nuestra casa. Pasé junto á una cabaña, que parecióme un montón de escombros más bien que una vivienda. (*V. el grabado de la pág. 349*).

Una de nuestras niñas me dijo:

—Alguien hay aquí.

Miré, y no vi la entrada. No obstante, grité:

—*Mda* (saludo de Asaba).

Una voz me contestó:

—*Morning*.

Advertí entonces en el desdichado, jovencito de quince á veinte años: sus brazos eran sumamente delgados, y tenía la nariz roída por las llagas.

Preguntéle por que habitaba en tan miserable cabaña.

—Porque no tengo nadie, me respondió; aquí me trajeron á la muerte de mi padre. Cuando el hambre me atormenta, doy voces, y las gentes, hartas de oírme, me traen comida.

Habléle de Dios.

—No sé cuántos dioses hay, repuso: yo no hago *jujus* (dioses del país), porque nada tengo que darles.

Después de haberle enseñado que era malo creer que los *jujus* se introduzcan en un pedazo de madera ó en un montón de arena, me suplicó que le indicase lo qué debía hacer, pues quería adorar al mismo Dios que yo.

—Nadie, añadió, viene á verme: todos los vecinos del lugar se detienen á cierta distancia para hablarme, y vos os dignáis acercaros: así quiero escucharos y creer todo lo que me digáis.

Empecé por enseñarle á hacer la señal de la cruz, pero el pobre muchacho no podía llevar la mano á la frente.

(1) Población situada á doce kilómetros de Asaba.



Vamos á construirle una morada conveniente, si bien algo distante de nuestra casa. Para su manutención y la de las pobres viejas asiladas, los Padres de la Misión de Asaba se imponen no pocos sacrificios.

Asimismo damos también acogida á los niños cuya madre muere al darles la vida. Como ordinariamente les dejan morir, los recibimos con gusto y los cuidamos todo el tiempo que Dios nos los conserva. Si tuviésemos leche á nuestra disposición, obtendríamos buenos resultados. De vez en cuando recibimos de Europa leche conservada, pero esto es insuficiente para las necesidades que se ofrecen; así es que los Padres tratan de introducir vacas y cabras en las granjas que se proponen fundar.

La carga de criar á esos niños es penosísima, pues exigen cuidados día y noche. Hasta ahora no hemos lo-

## FILIPINAS

*Los mayoyaos y la raza ifúgao*

### II

La fama que tenían los *mayoyaos*, su carácter pacífico y expansivo, el buen nombre conquistado ante los pueblos en cuarenta años de respeto á los compromisos contraídos, guardando sin interrupción las paces religiosamente celebradas en tiempo del señor Oscáriz, y los deseos, manifestados en varias ocasiones por sus principales candillos, de tener un Padre misionero viviendo entre ellos que les enseñara los caminos de salvación; eran motivos suficientes para que el último operario del Evangelio intentara más de una vez internarse por sus montañas, con el fin de reanudar, si era posible, la catequización cristiana de aquellos desgraciados, víctimas del apego natural que tienen



PERÚ.—En el Pacífico, al crepúsculo. (Pág. 357)

grado que las mujeres nos ayuden: todas contestan á nuestras instancias diciendo:

—Estos niños anuncian desdicha: han muerto á su madre.

No obstante, los acogemos para salvar su alma, y atraer sus padres á Dios.

A las muchachas les enseñamos el Catecismo y todo lo que puede hacer de ellas con el tiempo buenas madres de familia: algunas comienzan ya á darnos las más lisonjeras esperanzas.

Nuestro Níger es un país salvaje. Todo lo que anunciamos es nuevo para los negros. Cada domingo se llena la capilla, y el pueblo escucha atentamente la doctrina que se les enseña. Confiamos que la buena semilla producirá fruto en esas almas, que tienen cierta rectitud natural. Madurará la cosecha, y el bautismo hará de ellos buenos y fieles cristianos.

á la tierra que los vió nacer y que guarda los sepulcros de sus padres. Causas ajenas todas á mi voluntad me impidieron por espacio de catorce años realizar aquellos deseos, que, si nacieron primero de ideas no bien definidas acerca del valor y trascendencia que pudiera tener semejante empresa, fueron después tomando cuerpo, y á la vez sujetados á cálculos racionales, en previsión de sucesos que habían de contrariar no poco á la expansión y desarrollo de estas Misiones dominicanas.

En efecto. A mediados de 1881 y á consecuencia del proyecto de reducción de infieles ideado en principio por los misioneros, y puesto en práctica por el gobernador general Sr. Primo de Rivera con más patriotismo que fortuna, y en virtud del decreto del mismo sobre inmigración á Cagayán é Isabela de familias cristianas de otras provincias, para que se dedicasen al cultivo del tabaco con las exenciones y privilegios que disfru-



taban por Real orden de 28 de Febrero de 1857, se pudo conseguir, á orillas del río *Magat* y en el sitio más conveniente y próximo á las rancherías del *Mayoyao* y *Bungian*, el establecimiento de cuarenta y tantas familias, ilocanas unas, y otras procedentes de Nueva Vizcaya, para que sirvieran de defensa y ayuda á los nuevos reducidos, enseñándoles el cultivo de la tierra, y fuesen al propio tiempo un punto de apoyo á los misioneros y fuerza armada en sus excursiones al territorio de los remontados. Diósele oficialmente al mencionado sitio el nombre de *Oscáriz*, en memoria y para recuerdo indeleble de aquel buen patricio que supo renovar los laureles de los héroes de otros tiempos, y gobernar los pueblos en justicia y equidad, como cumple á todo ciudadano que de español se precie. Era el lugar designado por las Autoridades y misioneros de la provincia para que en él se establecieran los *mayoyaos* y *bungianes* que, por la escabrosidad y malas condiciones del territorio en que vivían, tenían que mudar de residencia, según el art. 4.º del proyecto-decreto de reducción y órdenes dadas al efecto. Por entonces el Superior de la Corporación, de vuelta en Manila de su visita pastoral por estas provincias, de acuerdo con el Gobernador general y Centros consultores de Filipinas, previno al misionero de Diadí que abandonara aquel ingrato desierto, y se trasladase á *Oscáriz*, con la gente que voluntariamente quisiera seguirle. Se malogró aquel conato de someter de un golpe á todas las razas remontadas é independientes del Centro y Norte de Luzón, y los *mayoyaos* se resistieron á abandonar definitivamente sus montañas; así que nada extraño es que

el misionero, sin amparo ni favor de nadie, no pudiera prometerse convencer á los que miraban ya á *Oscáriz* como á un cementerio donde tantos habían sucumbido víctimas del paludismo. Centenares de *mayoyaos* y *bungianes* habían levantado el campo, volviéndose á sus antiguas madrigueras, sin que nadie pudiera evitarlo. No obstante, siguieron los primeros frecuentando á *Oscáriz* como si fuera su pueblo matriz, y se consideraban vecinos de aquella Misión, aun cuando sus casas y residencia habitual estuvieran á dos días de penosa y no siempre practicable jornada.

Con los cristianos allí establecidos se formó un bonito barrio que sirve hoy de avanzada muy bien situada, por ser punto obligado de partida y descanso á la vez del misionero en sus excursiones á la montaña. Dista de este pueblo de Echagüe, á cuya jurisdicción pertenece, cinco leguas largas, de terreno llano, pero de difícil tránsito en tiempo de aguas, por falta de caminos y sobra de lodazales: poco más ó menos dista de Angadanan y de Carig, y algo más de Cauayan y de Reina Mercedes. Dada la ventajosísima posición que ocupa y los magníficos terrenos que posee, por necesidad tiene que ser en el porvenir el refugio natural de *mayoyaos* y *bungianes*, y la providencia de estos antiguos pueblos en años de escasez, pues canalizadas desde allí y bien dirigidas las aguas del *Magat*, darán vida á más de diez poblaciones, y fertilidad á una extensión de terreno que excede de cien mil hectáreas, llano todo él, de condiciones excepcionales para el cultivo del arroz y otros muchos artículos; inculto hoy, y laboratorio secreto y permanente de letal paludismo.



PERÚ.—Payta, capital de la provincia de este nombre. (Pág. 357)



Previos los avisos convenientes para que la Comisión de *mayoyaos* que había bajado á buscarme estuviera preparada á orillas del *Magat*, y después de haber celebrado el santo sacrificio de la Misa, salí de *Oscáriz* el día 8 de Marzo por la mañana, con seis cristianos que voluntariamente se ofrecieron á acompañarme. Dos caballos cargaban nuestra impedimenta, compuesta de arroz para tres días, tapa de venado, bacalao, algunas latas en conserva, café, vino, enseres de cocina, y la ropa necesaria para mi uso exclusivo; y como apéndice de frecuente aplicación en esta clase de excursiones, no faltaban ni medicinas apropiadas, ni alguna arma de fuego, de todo ello lo absolutamente preciso; pues sabía por demás que los caballos no podían pasar de las primeras estribaciones; y presumía que, en momentos dados, sólo el cansancio y pesadez de nuestros cuerpos, aunque libres de otra carga, habían de ser obstáculos no pequeños para adelantar las jornadas. Dos caminos podía seguir: ó tomar la dirección Norte en demanda del Bungían, cuyo trayecto en su mayor parte me era conocido, ó ir por el Oeste directamente al *Mayoyao*, siguiendo la margen derecha del *Magat* hasta atravesarlo en el sitio llamado *Dal-lao*, por el único paso que allí tiene. Elegí esta última vereda, ya por ser el camino abierto por los *mayoyaos* en tiempo del Sr. *Oscáriz*, ya también por considerarlo más corto y serme desconocido casi en su totalidad.

A las diez de la mañana estábamos atravesando, sobre cuatro cañas atadas con un *vejuco*, el impetuoso referido río, á cuya orilla izquierda esperaban ocho *mayoyaos* para acompañarnos y cargar nuestro matalotaje. Presidíalos el anciano *Magigad*, uno de los asistentes á la conferencia de Carig, con su hijo *Padditg*, y el simpático joven *Matáag*, de pacífico y bondadoso carácter, el cual ostentaba un bastón de mando en cuyo puño de plata estaba grabada la inscripción siguiente:

«1850

«Balasso, primer gobernadorcillo.

«Dumanit, segundo gobernadorcillo de los *mayoyaos*.»

Tomado un ligero refrigerio, y distribuída la carga entre infieles y cristianos, á las dos de la tarde emprendimos la marcha con un sol canicular que molestaba demasiado. Yo no abandoné mi caballo, con el fin de utilizarlo siempre que las condiciones del camino me lo permitiesen. Todo aquel territorio es un páramo desierto, ni produce otra cosa que *cogon*, lo mismo por las laderas y cúspides de las sierras, como por los barrancos y vertientes que se iban descubriendo. En los meses de secas, cuales eran aquéllos, levántanse por allí inmensas hogueras, que por falta de combustible no tendrían fin en muchas leguas de extensión, si la humedad y rocío de la noche, ó la lluvia de alguna tormenta, no las apagasen; pero que destruyen año tras año el poco y raquíto arbolado que aún subsiste á la sombra de algún arroyuelo: veíanse á la sazón pocos sitios que no estuvieran quemados. La caza mayor es abundantísima en estos parajes: sólo escasean hoy los carabaos cimarrones; de los cuales, antes de la epizootia que arruinó la riqueza pecuaria de Luzón desde el año 1887 al 90, se encontraban á cada paso numerosos y bien nutridos rebaños.

Estando respirando en lo alto de una colina vimos

salir de un profundo barranco una porción de igorotes que á todo correr subían á tomar, algo lejos de nosotros, el camino que llevábamos: habían oído los disparos que hacían los que llevaban arma de fuego á los muchos venados que se nos presentaban á tiro y creyeron sin duda que los acometía todo un regimiento.

—¡*Silipanes*, Padre, *silipanes*! me dice el viejo *Manugud*; ¡que les tiren!

Neguéme, como era natural, á semejantes deseos, excusables en cierto modo en aquel anciano que había perdido un hijo á manos de aquellos enemigos. Uno de los cristianos, con el objeto, decía, de avisar á los que huían que nosotros íbamos de paz, empezó á tocar un cuerno que llevaba. Era de ver entonces cómo los *silipanes* alargaron el paso al oír el prosaico instrumento. Nadie diría que eran hombres lo que estábamos viendo: parecía aquello una legión de siniestras apariciones que surgieran de las profundidades del abismo; y perdónese la comparación, porque no hay en la naturaleza cosa más á propósito para dar gráfica idea de la verdad histórica allí representada. Sobre campo ennegrecido con las cenizas del *cogon* recientemente quemado, unos hombres desnudos y tostados del sol, que suben á toda carrera, cargados con sus cuévanos singulares, una montaña de escabrosa y larga pendiente, como si fuera terreno llano, sin descansar, cual si les faltara la tierra bajo sus pies, ó tiempo para sustraerse á nuestras miradas. Yo no había visto cosa igual, ni sé de dónde sacaban sus pulmones aire para respirar en aquellas horas de calor insoportable. Desaparecieron bien pronto; continuando nosotros nuestra marcha con las precauciones debidas, para no ser sorprendidos en el caso de que alguien se atreviera á atacarnos. De tal modo tienen los *silipanes* infestados aquellos contornos, que los *mayoyaos* se habían visto precisados á cambiar de rumbo para bajar á los pueblos cristianos, por no caer en manos de tales asesinos.

Al dar vista al sitio llamado *Sálat* (1), donde teníamos que pasar la noche, hicimos alto sobre el vértice de una colina para examinar detenidamente el terreno, y ver donde se habían refugiado los *silipanes*. El cuerno volvió á sonar, contestando á sus ecos sólo las montañas: nadie aparecía; y ya nos disponíamos á bajar, cuando se descubrieron algunos, sentados en cucullas sobre enormes pedruscos negros que á corta distancia teníamos á nuestra izquierda. Difil era dar con ellos, y para mí mucho más, porque se confundían en la postura y color con el color y configuración de las peñas. Casi todos ellos me conocían, y algunos habían estado conmigo en Diadí viviendo bastante tiempo, bien cuidados y tratados como príncipes; pero á pesar de eso, y de las repetidas excitaciones que se les dirigieron para que viniesen á donde estábamos, ó se bajasen al sitio donde íbamos á pasar la noche, nadie se movió; y allí quedaron como estaban, en cucullas, mudos como estatuas, trasunto fiel de la salvaje é inerte naturaleza que nos rodeaba.

A la vera de un arroyo de agua fresca y cristalina descansamos aquella noche, sin percance alguno; ellos á la intemperie, como de costumbre; yo bajo techo de

(1) *Jálat* pronuncian los *ifugaos*, convirtiendo las eses en jotas.



carrizo sostenido por cuatro lanzas, y todos sobre el santo suelo, al rededor de una buena fogata. Desde Oscáriz se puede ir hasta *Sálat* en medio día con un caballo de resistencia; pues si bien la distancia es grande, y no pequeños los inconvenientes para salvarla de una tirada, el camino es bastante viable, y hay muchos puntos donde se puede andar á paso ligero. No obstante, mientras los *silipanes* sean dueños de aquellos parajes, mejor dicho, mientras no se les sujete de una manera completa y absoluta, ó se les haga abandonar el territorio que ocupan, sin débiles contemplaciones ni miramientos absurdos, no es prudente andar por allí sin buen acompañamiento (1).

A las diez de la mañana siguiente estábamos sobre el *Tigtig*, montaña que cierra por aquella parte el horizonte de los pueblos cristianos, ramificación del *Namambafui* que se destaca al N. E., agreste y escarpado, con vertientes casi perpendiculares y derrumbaderos inmensos. Es *Tig-tig* el mejor punto de vista de todo aquel camino; y allí me detuve cerca de una hora para examinar con detención lo que tenía por delante; contemplando al propio tiempo el extenso y variado panorama que se me ofrecía ante los ojos, no tanto corporales como del alma. No nací poeta, ni soy filósofo; pero me gusta soñar: allí soñé cosas muy tristes, cuya impresión y recuerdo á cualquiera importa menos que á mí. Allí parece que se está más cerca de Dios, aunque Dios esté en todas partes: la naturaleza toda se anima y embellece, y enseña al corazón y al entendimiento verdades olvidadas ó nunca aprendidas. El aire sutil que se respira, parece como que ensancha los senos del pensamiento, y que descarga la cabeza de su pesadez habitual y de los cuidados que aturden y esclavizan. Nunca como en aquellas soledades se comprende mejor y se explica satisfactoriamente aquella época, famosa en la historia, en que se despoblaban las ciudades por habitar los desiertos. Yo creo que cuando estas regiones no estén pobladas de salvajes, irán á habitarlas los hombres de la civilización, haviéndose del ruido ensordecedor del mundo, buscando con ansia el reposo del espíritu y las secretas armonías del alma que sólo da la soledad.

El viejo *Mamigad* me sirve de *cicerone*.

—Aquella ranchería que ves á la izquierda es *Inoluban*; gente mala, ladrones todos, y matadores de cristianos: no siembran más que camote, y muy poco arroz de secano, en los bosques que van quemando; por eso son tan holgazanes, porque su alimento exclusivo es camote, y no quieren trabajar zanjás de regadío para tener mucho arroz como nosotros. Las casas que se ven á la derecha son del partido de *Alimit*, que ya conoces, aunque ya no hay muchas de las rancherías antiguas, que fueron quemadas porque mataban á los cristianos; y entre ellas *Aloyájoy*, donde vivía Silvestre, en cuya casa te quedabas (2) cuando subías allá desde Diadí. Desde *Alimit* hasta el *Magat* é *Ibulao*, yendo hacia

Bagábag, se encuentran las rancherías de *Panában*, Bayabat, Amogáuan y otras; todas también muy miserables, porque no hacen más que robar *carabaos* y caballos en Nueva Vizcaya é Isabela, y matar cristianos. Por aquí, en el centro, siguiendo río Alimit arriba, hacia el *Amuyao*, están *Silipan* (1), *Talboc*, *Ayangan*, *Dubtigan*, *Tuláquit*, *Guinijon*, *Cambulu*, etc., etc.: tienen mucho arroz, principalmente las últimas, y hay en ellas mucha gente. Por este otro lado, hacia N., se va al *Mayoyao*, pasando los montes altos que se ven delante; y allí, un poco á la derecha, está el *Bunguian*.

Vuelto á examinar el camino recorrido aquella mañana y el día anterior, aparecen á vista de pájaro en primer término las lomas y colinas dejadas atrás; y allá más lejos, cual inmenso cráter, la gran llanura del S. de Isabela con sus dilatados *cognales*, sus bosques oscuros, sus ríos caudalosos, y los pueblos todos desde Gamú á Carig, denunciados por las techumbres de hierro que, heridas del sol, semejaban brillantes lagunas de plata.

## LAS MISIONES CATÓLICAS DEL EXTREMO ORIENTE

### I

FUÉ en 15 de Agosto de 1549 cuando Francisco Javier, el grande Apóstol del Asia, abordó á las playas del Japón, al imperio del Sol Levante, nación infortunada que no conocía la luz del sol de la gracia y que consumía su obscura vida en vanos cultos á pesar de haber sido privilegiada por el celeste Dispensador con los dones más bellos de la naturaleza y las cualidades más atractivas del espíritu. En aquella raza inteligente, la palabra del gran Apóstol español cayó como en tierra fértil y produjo frutos maravillosos. Durante su predicación, y treinta años después que una santa muerte hubo puesto fin á ella, los cristianos se multiplicaron en todas las clases de la sociedad, y medio siglo más tarde, en medio de una paz absoluta, el número de los japoneses convertidos se había elevado á cerca un millón. La palabra divina penetraba en la capital y en las extremidades del Imperio. Convertíanse á ella señores de alto rango, damas del palacio imperial, bonzos eminentes en dignidad, y la Iglesia japonesa era el modelo de las iglesias del Asia (2). La conquista del Japón para el reino de Dios había sido uno de los mayores triunfos de la naciente Compañía de Jesús. ¿Qué de extraño tiene que el infierno, comprendiendo la importancia de tal hecho, se esforzara en destruirlo?

La persecución violenta y exterminadora no tardó, en efecto, en suscitarse, y al emperador Taicosama cúpole la poco envidiable fortuna de ser el Diocleciano de las jóvenes cristiandades orientales. Jamás la Iglesia ha sufrido una guerra más feroz, más violenta y más prolongada que la que le declaró aquel bárbaro tirano. El genio infernal, observa el cardenal Pie, dispuso tan

(1) A principios de Enero asesinaron cerca de Bagábag á una mujer de Bayombong, en el camino de Nueva Vizcaya á Isabela.

(2) En esta casa pasé una vez la noche más fatal de mi vida, rodeado de calaveras humanas cortadas todas por aquel valentón, según se refiere en el volumen XXV de *El Correo Sino-Anamita*, pág. 633: relato rigurosamente histórico en todos sus pormenores, y no novela como algunos se han creído.

(1) Ranchería de este nombre: todas las que se van enumerando pertenecen á la tribu *Silipan*, bajo cuya denominación geográfica se les conoce.

(2) *Histoire de la Religion chrétienne au Japon depuis 1598 jusqu'en 1865.*





EMBARQUE EN LAS COSTAS DE INGLATERRA DE SAN BONIFACIO, APÓSTOL DE ALEMANIA, PARA IR Á PREDICAR LA FE DE JESUCRISTO. (Pág. 359)

Ayuntamiento de Madrid



bien aquella persecución sangrienta, tal resistencia opuso, tan por completo impidió el acceso al Japón á los extranjeros, que, por un decrecimiento continuo y progresivo, la más hermosa y floreciente de las cristiandades del Extremo Oriente fué arruinada por completo, y esta extinción casi total ha durado hasta nuestros días (1). ¡Y triste es confesarlo! Los protestantes ingleses y holandeses, por odio sectario y llevados de su interés mercantil, su *suprema ratio* patriótica, su

de víctimas en holocausto suyo, voluntario y sublime, que la Religión cristiana? Espantaría y parecería humanamente imposible, si se sumasen los Mártires de los primeros siglos de la Iglesia con los de las cristiandades orientales, los que fueron necesarios para evangelizar la América y los que sucumbieron para sustentar la fe en los países que enseñorearon ó que tienen aún enseñoreados el cisma, la herejía protestante ó el Mahometismo.



NIGER (Africa Occidental).—Asaba.—Cabaña de un leproso. (Pág. 343)

divisa nacional, pues veían con malos ojos que los españoles y portugueses monopolizaban el comercio de Levante, fueron los que más exarcebaron aquellos furrores y los que mantuvieron durante más tiempo aquel estado de cosas. Y las hogueras de la persecución japonesa, atizadas por Holanda é Inglaterra, no se extinguieron ya, desgraciadamente, hasta que no quedó en el Japón un sólo cristiano para combustible. ¡Horrible mancha que aquellas dos naciones llevarán en la historia hasta que con su conversión la hayan borrado noblemente ante Dios y ante los hombres!

Desde el año 1622 hasta fines del siglo XVII, la historia del Japón no es más que un largo y doloroso martirologio. Se calcula en unos dos millones el número de fieles y catecúmenos que, durante este período, sucumbieron en aquel país confesando la fe de Cristo. ¿Qué otra causa en el mundo puede presentar mayor número

Una Iglesia desafia el martirio, pero no resiste el exterminio. Y esto es lo que pasó con la del Japón. Los fieles fueron desapareciendo, sobre todo porque faltaron sacerdotes para renovarlos. Así como cuando se trata de destruir una raza se comienza por hacer morir á las madres, los perseguidores dirigieron sus esfuerzos á aniquilar los sacerdotes, que son los procreadores de los hijos de Dios, y las fuentes de la generación cristiana quedaron agotadas. Cuando en 1846 Gregorio XVI erigió el primer vicariato apostólico del Japón, aquella Iglesia, cuyo nacimiento había alegrado al universo cristiano y cuyos rápidos progresos habían excedido á todas las esperanzas, no era más que una gran ruína. En 1861 se elevó en Yokohama, bajo la invocación del Sagrado Corazón, la primera iglesia dedicada al Dios verdadero desde que su culto fué proscrito en el archipiélago asiático oriental. Bien pronto después los Mártires japoneses, cuya canonización se celebró en Roma tan solemnemente, obtuvieron nuevas gracias, y en 1865 el celoso vicario apostólico, Mr. Petitjeán,

(1) Homilía pronunciada en la catedral de Poitiers el 8 de Junio de 1862.



tuvo la suerte de descubrir algunas cristiandades que, por maravilla, habían sobrevivido á la ruína dos veces secular de las florecientes Iglesias japonesas. Desde entonces aquella Misión bendita no ha cesado de prosperar. Agregada á nuestro querido Apostolado de la Oración, consagrada solemnemente al Divino Corazón de Jesús, cada día promete nuevas esperanzas, y hoy en el imperio del Sol Levante, gracias á la tolerancia religiosa en él establecida, se ha restablecido la jerarquía religiosa, y tres Obispos, bajo la primacia de un Arzobispo, forman los sólidos sillares de una Iglesia que tiene todavía que luchar contra el fanatismo y el odio de los bonzos y contra la envidia de las sectas rivales.

## II

Después de la heroica Iglesia del Japón, materialmente ahogada con su propia sangre, según acabamos de ver, por la crueldad de los verdugos, no hay en todo Oriente,—decía el P. Regnault hace cabalmente tres años (1),—otra Iglesia que pueda disputar á la anamita la triunfante palma del martirio.

La península indochina, situada á la extremidad meridional del Asia, y que paulatinamente va cayendo en poder de Francia y de Inglaterra, de las cuales dista más de tres mil leguas, comprende pueblos y nacionalidades muy diversas. Sobre la costa occidental se encuentran sucesivamente el reino de Birmania, los pueblos salvajes de la península malasiana y el reino de Siam, mientras que á lo largo de la costa oriental se extiende el imperio de Anam, que constituye el solo,—desde el punto de vista de las Misiones,—la porción más importante de toda la Indochina.

En esas Misiones se ha comprobado una vez más la verdad de aquella ley histórica admirablemente formulada por Tertuliano respecto de los perseguidores de todos los siglos: «Nos multiplicamos á proporción que se nos cosecha; pues la sangre de los cristianos es una semilla (3).» Y así es en efecto. La Indochina cuenta diez veces menos habitantes que el Celeste Imperio, y sin embargo, los cristianos son allí más numerosos que en este vasto país, de tal modo, que puede decirse que las Misiones aparecen en él, relativamente hablando, diez veces más florecientes.

Los apóstoles de esas apartadas regiones, para gloria de nuestra raza, que con razón ostenta el título de evangelizadora del orbe, también fueron españoles: el franciscano Jerónimo de Aguilar, que predicó en 1582 la fe en el país de Siam, y el P. Diego de Advarte, dominico, que abordó la Cochinchina en 1596. Signióles unos cuantos lustros después el jesuita francés Alejandro de Rhodes, el cual bautizó en el Tonkín más de cinco mil indígenas, cultivando con tanto esmero aquella cristiandad naciente, que en poco tiempo el número alcanzó á treinta mil. Al ser desterrado del Anam el P. Rhodes, pudo llevarse consigo los restos mutilados

del primer mártir, que con mezcla de lágrimas y gozo recogieron fieles y catecúmenos con religioso respeto.

Desde entonces se abrió la era de las persecuciones en la Cochinchina, cuyo martirologio no debía cerrarse en mucho tiempo.

De regreso á Europa, el P. Rhodes suplicó á la Santa Sede recursos para establecer en el Extremo Oriente un clero indígena, preocupación constante de nuestro Santísimo Padre León XIII, como acaba de demostrarlo en su reciente Encíclica á los Obispos portugueses. Desde el momento en que en los países evangelizados por las Misiones se cree un clero nacional, la Obra de la Propaganda de la Fe se hará estable y quedará asegurada contra toda suerte de persecuciones y vicisitudes. De la generosa iniciativa del P. Rhodes nació, si no la realización de tan hermoso pensamiento, demasiado prematuro entonces, á lo menos la Sociedad de las Misiones Extranjeras, grano de mostaza cultivado por la fe, secundado por la gracia, del cual habían de salir centenares de mártires y millones de cristianos.

Las semillas de la fe arrojadas sobre el Anam por el P. Rhodes y por los primeros Vicarios apostólicos fructificaron á maravilla, hasta los terribles desórdenes de la Revolución francesa.

A despecho de las guerras y de las persecuciones aquellas bellas cristiandades contaban ya, á principio de nuestro siglo, más de trescientos mil católicos. Mientras que en Francia la Revolución perseguía á la Iglesia, ésta iba conquistando lentamente por medio del celo y del talento de sus misioneros aquella región donde hoy ondea la bandera tricolor republicana. Monseñor Pigneau de Behaine, obispo de Adram, que en una guerra de sucesión procuró al Rey legítimo el socorro de Francia, fué el verdadero pacificador del pueblo anamita, y hoy el Gobierno liberal de esa misma Francia ha elevado á la categoría de *monumento nacional* la tumba del más ilustre de sus hijos en aquel país. Trás de la muerte del gran Obispo francés vinieron reyes que, cual los Faraones, que no conocieron á José, tampoco le habían conocido, y se desencadenaron las persecuciones de los feroces Minh Mang, verdadera encarnación de Nerón, del cual poseían el talento, el gusto lilerario y los vicios, y de Tu-Duc, que á su vez nada tenía que envidiar á Diocleciano; persecuciones que á la postre provocaron la expedición francesa á Cochinchina de acuerdo con España, que en 1862 dió á Francia aquel país, sobre el cual se extiende ahora su dominación.

La paz religiosa y la anexión política se lograron por fin, ¡pero á costa de cuán grandes sacrificios! El martirio de 5 Vicarios apostólicos y de 116 sacerdotes anamitas, lo que equivale á más de una tercera parte del clero indígena; la destrucción de 80 conventos de Religiosos anamitas, de los cuales cien derramaron su sangre por la fe; el saqueo, incendio y devastación de 2,000 cristiandades; la muerte de 40,000 cristianos que perecieron en los suplicios ó en indelebles miserias; la dispersión de 500,000 fieles en medio de una población de paganos: he aquí lo que ha costado á las Misiones de Anam la conquista francesa de la Cochinchina. ¡Cuánta sangre cristiana se ha de derramar para interesar á una potencia europea en una empresa que re-

(1) *Les Missions de l'Indochine*: Intención del mes de Noviembre de 1891.

(2) *Plures effemur, quoties metimur á vobis: semen est sanguis christianorum*. (Apologet. cap. I). Cit. por el P. Regnault. —*Ibidem*.



dunda *indirectamente* en favor del Catolicismo, y qué susceptibilidad la de esas mismas potencias cuando el agravio se dirige, no al Cristo que ellas adoran, sino á un miserable girón de su bandera!

La expedición al Tonkín de 1885 fué precedida y seguida también de nuevos y más sangrientos degüellos, y esta nueva empresa costó al Catolicismo 20 misioneros, 3 sacerdotes anamitas y más de 50,000 cristianos, y pérdidas materiales incalculables. Hoy las recientes anexiones de Francia en Siam, cuyas consecuencias,—así lo esperamos,—han de ser muy fecundas para el apostolado católico, llaman nuevamente nuestra atención hacia aquellas regiones, de cuya conquista han sido los precursores los misioneros franceses y españoles. Más de 620,000 fieles y la civilización cristiana, llevada por las armas francesas, son el resultado y el precio de tanta sangre generosa en ellas derramada. El terreno se halla hoy tan bien dispuesto, que sólo en un vicariato, á ser suficientes el personal y los recursos, podrían bautizarse cada año 20,000 paganos.

A pesar de esos triunfos, no faltan pruebas á esas gloriosas Iglesias. Pruebas en el Tonkín, donde, desafiando el pabellón de Francia, los piratas continúan entregándose al pillaje y al incendio, mientras que el partido hostil á la influencia francesa emplea todos los medios para multiplicar las apostasías: mentiras, calumnias, amenazas, expoliaciones y asesinatos. Pruebas en la Cochinchina Septentrional, donde, con ocasión de la conversión de personajes pertenecientes á la familia Real, se recrudecen las persecuciones de todo género contra la Religión del Divino Nazareno. Pruebas en Kian-si, en China, donde fermentan nuevo odio y espantosa conspiración contra toda influencia europea y cristiana, y en la Mongolia, confiada á los misioneros belgas. Pruebas, por último, en el Japón, donde los terremotos han causado espantosos desastres, en las Indias y en Ceylán, que devastan el hambre y el cólera, causando innumerables víctimas.

En presencia de tantos males y peligros, debe el cristiano redoblar sus oraciones para que aquellas cristiandades del Extremo Oriente, siguiendo el ejemplo del Tonkín Occidental y de la Birmania Meridional, obtengan gracias abundantes de prosperidad, y puedan registrar en sus gloriosos anales nuevos y más espléndidos triunfos.

## EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

### XVI.—En la Montaña: Kilema (continuación)

EL día siguiente por la mañana, informados de que el jefe estaba en situación presentable, repetimos la visita, delegados también esta vez por el ilustrísimo Courmont, que no quiere tomar personalmente ningún compromiso prematuro.

Su majestad nos recibe á la puerta de su casa principal, y discurre con nosotros de una manera cordial y sensata. Manifestámosle quién somos, por qué venimos y qué pretendemos.

—Todo lo comprendo, contesta Fumba. Mucho tiempo ha deseaba que hubiese blancos entre nosotros. Los blancos comercian, cazan y se divierten; esto está muy bien; pero no se quedan, y después de hacernos poner en línea para tomar nuestros rostros con sus máquinas, vuélvense á su país para mostrarnos á sus mujeres, y decirles: «He aquí los hombres del Kilima-Ndjaro; sus cabezas son como marmitas...» Mas vosotros sois otra especie de blancos: ¡en todas partes hay gente buena!... Vuestro objeto, á lo que se dice, es instruir á los negros y comunicarle vuestro espíritu; propósito excelente. Aquí conocemos á Dios, pero apenas sabemos lo que ha dicho.

—¡Ha dicho que no se beba sin medida! interrumpe Daringo, á guisa de neófito algo ardiente.

—¡Bien! prosigue Fumba, no lo sabía. Cada cual, Daringo, obra á su manera. Hay quien apenas bebe, otros solamente hasta tambalear por los caminos; yo, por mi parte, cuando bebo tengo que llenarme como una cuba.

Y volviéndose hacia mí, añadió:

—Ante todo tenemos que hacernos hermanos de sangre.

—¿Hermanos de sangre?

—¡Sí, una ceremonia de este país, pues nosotros no somos salvajes!... Tú comerás un poco de mí, y yo un poco de ti: es lo más sencillo del mundo.

Su ilustrísima no está presente, y el P. Augusto, bajo el falaz pretexto de que yo soy primero que él en el ministerio, dice no puede aceptar este honor: así no tengo más remedio que prestarme al sacrificio.

Cerca de nosotros un niño guarda una cabra de inmaculada blancura: es la cabra de la alianza. Sucesivamente los ancianos se le acercan, y escupiéndole á la vez en la cabeza y á un puñado de hierba, dicen con la seriedad de hombres que cumplen un acto religioso:

—¡A Dios te doy, á Dios te dedico!

Una vez cumplida esta ceremonia, parece que el animal no puede volver al rebaño; queda propiedad de Dios, es sagrado: si no se le inmola en el acto, lo dejan perder en los bosques.

Una vez degollada la susodicha cabra blanca, muestran á los presentes el hígado, y se declara que es sano y puro: luego pasan ligeramente el pecho por el fuego, y nos lo traen: el resto será en parte quemado, en parte abandonado á las aves de rapiña, y en parte comido; pues se trata verdaderamente de un sacrificio, sacrificio ofrecido al Criador y Dueño del mundo al estilo antiguo de los primeros hijos de Adán y Noé: no deja de ser instructivo presenciar semejantes prácticas religiosas en esta población aislada en su montaña, que hasta estos últimos tiempos ha vivido fuera de toda influencia jadaica, musulmana ó cristiana.

Mas volvamos á nuestra cabra, pues va empezar la ceremonia.

Hago esfuerzos para no perder la seriedad; y el respeto debido á la verdad histórica me obliga á confesar que mi compañero ríe de un modo harto irreverente.

Sentados en una piel de buey, Fumba me sujeta fuertemente los brazos, y hago lo mismo con él. Junto



á S. M. hállase su venerable tío, y yo tengo á mi lado á nuestro guía. El anciano padrino del rey, pasando su dedo índice por el antebrazo de su sobrino como si afilase un cuchillo en una piedra, pronuncia solemnemente estas palabras:

—El hombre blanco de la tribu de los franceses... á propósito ¿cuál es tu nombre, tu nombre verdadero?

—*Le Père Le Roy* (El Padre Le Roy).

—¿Hein? ¿*Mapera ruá*?

—Eso mismo.

Inmediatamente todos hacen esfuerzos para repetir este nombre extraordinario, que viene de tan lejos. Aunque ninguno logra un resultado satisfactorio, no encuentran el nombre muy extraño. El anciano prosigue:

—El hombre blanco de la tribu de los franceses, *Mapé-Ruá*; el hombre que lee, escribe, observa las montañas, cura á los enfermos, habla á todo el mundo y ruega á Dios; *Pé-Ruá* ha venido á casa de Fumba, conviniéndose que construirá su cabaña en Kilema, viviendo y haciendo bien aquí: por esto quiere ser hermano del rey.

Todos á una voz:

—Sí, el hermano del rey.

—Pero si *Lapé-Ruá* es mentiroso, ladrón ó traidor —y el anciano me lanza miradas terribles,— ¡que muera! La asistencia contesta solemnemente:

— ¡Que muera!

— ¡Si *Mapera* es un enemigo, que la sangre de Fumba que va á beber, la vomite!

Todos:

— ¡Y que muera!

—Que cuando se vaya, sus ojos pasen de delante atrás.

— ¡De delante atrás!

—Cuando mire, que sus párpados queden cosidos.

— ¡Cosidos!

—Cuando ande, que sus piernas se quiebren y rompan como palo carcomido.

— ¡Carcomido!

—Cuando adelante, si adelanta, que corra siempre como el agua del torrente.

— ¡Que corra!

—Cuando suba al árbol, que se encarama á él cabeza abajo y pies arriba.

— ¡Pies arriba!

—Cuando pasee, que ande con las manos, y las patas al aire.

— ¡Las patas al aire! ¡Ah! ¡las patas al aire!

—Cuando coma, que el manjar le ahogue.

— ¡Le ahogue!

—Cuando beba, que la bebida pase y caiga como en un bambú.

— ¡Pase y caiga!

—Cuando escupa, que nada salga.

— ¡Nada!

—O si sale algo, que salga todo.

— ¡Todo!

—Y que sea vuelto del revés, de dentro afuera, como un saco.

— ¡Como un saco!

— ¡Que el leopardo le estrangule.

— ¡Así sea!

—Que el león le devore.

— ¡Así sea!

—Que la serpiente le muerda.

— ¡Así sea!

—Que las hienas se lo repartan.

— ¡Así sea!

—Que los buitres le saquen los ojos.

— ¡Así sea!

—Que el sol le cuezca las entrañas.

— ¡Así sea!

—Que la leche le envenene.

— ¡Así sea!

—Que el agua le abraze.

— ¡Así sea!

—Que el fuego le consuma.

— ¡Así sea!

El viejo agorero se detiene, pero es para proferir con mayor energía una postrera maldición, que no puede decirse sino en la lengua de este país y en latín.

Lo mismo da, y hay que encogerse de hombros contra estas eventualidades terribles, pues el hombre más valiente no considerará sin turbación á qué estado tan lamentable se vería reducido si cualquiera de estas profecías llegase á ser una realidad; si, por ejemplo, se despertase una mañana vuelto del revés como un saco...

Experimento, pues, un verdadero alivio cuando el operador, dando fin á sus letanías, me interpela directamente en nombre de Fumba:

—*Mapera*, ¿quieres beber mi sangre?

Respondo:

— ¡Dámela!

—Si la vomitas, eres mi enemigo, y si la conservas, mi hermano.

— ¡Sea!

Ahora le llega el turno á S. M.

Mi padrino, empezando la ceremonia de la que acabo de ser la víctima resignada, dice:

—Y tú, Fumba, rey de Kilema, escucha. ¡Vosotros todos, oid!

—Si el Padre que aquí veis, ó su hermano que está allí, ó los de su familia que vendrán, se establecen aquí ó viajan por todo el territorio que os está sometido; y si tú, Fumba, ó un súbdito tuyo, les hacéis daño; si les robáis ó dejáis que les roben; si les interceptáis el agua; si les rehusáis el suelo ó la leña ó los comestibles; si les perjudicáis en sus viviendas, campos ó rebaños; si impedís que la gente se acerque á ellos para comprar y vender, sobre todo para aprender á leer las palabras de Dios, y rezar la buena oración y ver el gran Sacrificio; si pueden decir un día: «¡Fumba nos engañó!...» ¡que mueran su padre, su madre, sus mujeres, sus hijos, sus tíos, sus cabras, sus carneros y sus vacas!

¡Que mueran todos sus plátanos!

¡Que se seque el agua de su montaña!

¡Que su hogar se extinga para siempre!

¡Que la cerveza se le convierta en veneno y le mate!

Esta última imprecación hace estremecer á pesar suyo á Fumba; pero repónese pronto, y lanza un vigoroso:

— ¡Así sea!





NIGER (*Africa Occidental*).—Asaba.—Asilo para ancianos. (Pág. 343)

A continuación el tío se arma con un fuerte cuchillo del país, una especie de puñal de doble filo, y hace penosamente una incisión en el antebrazo del rey y en el mío, y de ambos brota sangre. Fumba toma un pedazo de sangre semiasada de la cabra, lo frota con fuerza en la incisión de su brazo negro, me invita á abrir la boca y me la introduce hasta el gástrico.

Tres veces se repite la operación, y á pesar de todo permanezco firme, convenciéndose el público con satisfacción de que el cielo no era más puro que lo íntimo de mi pecho.

A mi vez sirvo á Fumba enormes bocados de carne sazonados con mi sangre, que desaparecen como en un abismo.

Con sonrisa llena de afecto el rey me introduce entonces en el índice una especie de anillo cortado en la piel de cabra: póngole otro semejante, y todo el mundo se levanta.

Terminada la ceremonia, he aquí que ya somos hermanos.

Fumba, radiante de gozo, nos coge del brazo, diciendo que ya no puede haber nada oculto entre nosotros: nos invita á visitar todos los pormenores de su casa; nos muestra los fusiles de tiro rápido que le regaló un viajero americano, y un reloj que está parado, por más que repetidas veces haya golpeado con él la pared. Preséntanos, por último, su esposa, inteligente y viva, que llega con sus sirvientas é hijos.

—¿Mocosos como éstos, pregunta S. M., los admitiréis también en la escuela?

—Precisamente; pero no es necesario que sean mocosos.

—Os los presentarán en abundancia: tenemos de ellos hormigueros.

Mas adelante se lleva á cabo el trueque de presentes. Fumba nos envía tres lanzas magníficas, trabajo de los artistas del país, y que entre los masaias se venden por un buey cada una. A nuestro turno damos telas, cobertores de lana, una hacha y perlas de vidrio.

El resto del día se dedica á la visita de los alrededores, para el caso en que decididamente se hiciese aquí la instalación.

Fumba nos proporciona guías, y como amenaza lluvia, manda llamar inmediatamente un hechicero célebre, un especialista, que retiene la lluvia ó que la hace caer, según los casos: el buen hombre se compromete á rechazar las nubes, y partimos.

El país es magnífico: espléndidos valles, alcóres deliciosos, ríos profundamente encajonados, canales dispuestos con habilidad sorprendente, corpulentos plátanos, cultivos esmerados, senderos en la sombra, valedos vivos formados con una alcaparra de liana (1) y

(1) *Capparis tomentosa*, Lamarck.



rodeando las pequeñas propiedades particulares, cercados de dracoenas (1), cunas de verdor y de flores dispuestas junto á los huertos, casas en buen orden; arriba la gran montaña, y abajo la llanura inmensa. Todo esto es realmente alegre y pintoresco. La población parece numerosa y simpática: los niños que nos rodean, nos siguen y observan sin recelo, y será fácil catequizarlos. En cuanto á los hombres, muchos están ausentes, combatiendo contra Sina, rey de Kibosho, al Oeste de la montaña.

Al volver desátanse las nubes y quedamos calados hasta los huesos. Al entrar en casa de Fumba le decimos:

—¿Y tu hechicero?

—¡Ay! contesta el jefe algo corrido: esta vez sólo ha podido retener la mitad de la lluvia: si la hubiese cerrado por completo, hubiera faltado el agua un año entero, y no habríais podido beber.

## VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

### XXIX

**La cumbre del Sinai, djebel-Muçá, donde Dios dió las tablas de la Ley**

**M**oisés estaba todavía en la meseta con los ancianos, cuando Dios le dijo: Sube á lo alto del monte en donde estoy, y detente allí, y te daré unas tablas de piedra con la Ley y los mandamientos que tengo escritos en ellas, á fin de que los enseñes al pueblo. Partieron, pues, Moisés y Josué su ministro; y Moisés al subir al monte de Dios dijo á los ancianos: Aguardad aquí hasta que volvamos á vosotros... Y cuando Moisés hubo subido al monte, la nube cubrió la montaña, y la gloria del Señor se manifestó en la cima de Sinaí, cubriéndola con la nube por seis días, y al séptimo le llamó Dios de en medio de la nube oscura. La gloria del Señor aparecía como un fuego ardiente, que abrasaba la cumbre del monte, á los ojos de los hijos de Israel (2).»

Subimos en silencio el antiguo sendero de escalones que lleva recto á lo alto de la montaña, considerando la gloria del Altísimo que descansa en estas alturas, y á Moisés, que holló sin duda repetidas veces estas rocas, pues cualquier otro camino para subir de la meseta á la cumbre sería más largo sin ser más cómodo.

El granito de la montaña, primero rojo y de grano grueso, como en la mayor parte de la gran masa, adquiere en seguida un tinte azulado cada vez más claro, y en la cumbre es un granito blanco con pequeños granos negros. En menos de tres cuartos de hora llegamos á la pequeña meseta final, la verdadera cumbre del Sinaí, su punto culminante, desde donde se domina la montaña entera, á ciento cincuenta metros sobre la capilla de Elías, y á dos mil doscientos cuarenta y cuatro metros de altura.

Dios descendió sobre el monte Sinaí (3), y llamó cin-

co veces á Moisés para darle las órdenes que debía transmitir al pueblo acampado abajo, frente de la montaña. En los tres primeros coloquios (1) el objeto de los mensajes divinos fué preparar al pueblo para la solemne publicación del Decálogo que Dios mismo había proclamado (2). Las dos últimas ascensiones fueron para recibir por dos veces las tablas de la Ley: en cada una de ellas Moisés permaneció cuarenta días en la montaña. El sagrado Historiador dice expresamente en su relato que en las tres últimas ascensiones el Señor le llamó á la cumbre de la montaña (3), y nada en la relación de sus dos primeros coloquios con Dios (4) indica que tuviesen lugar en otro punto.

Hallámonos, pues, en el lugar más frecuentemente santificado por la presencia del Señor y sus divinas comunicaciones con el Legislador de Israel; en la cumbre sagrada en la cual la gloria de Dios se mostró más veces y por más tiempo, donde se dignó descender para sellar la primera alianza preparando la del Gólgota. Millares de santos anacoretas y de piadosos peregrinos, sucediéndose de edad en edad, han venerado esta roca. La voz del pueblo ha designado esta cumbre, entre todas las prominencias de la montaña, con el nombre de Moisés. Djebel-Muçá, el monte de Moisés, tal es su nombre.

El H. Eutymios se apresura á abrir la capilla, enciende cirios, hace quemar incienso, y deja que solos demos humildemente gracias al Señor por habernos permitido visitar este lugar augusto, ofrecerle nuestra adoración y presentarle nuestras humildes peticiones. El Arzobispo espontáneamente nos había autorizado para celebrar la Santa Misa, no en la capilla, sino en una pieza contigua que reemplaza, á lo que parece, la antigua de los latinos (5).

En el interior la capilla es una sala de 9'50 metros por 3'25, blanqueada con cal y de techo de tablas. El altar está al Oriente. Un tapiz de un metro de altura corre á lo largo de las paredes; colgando de éstas pañuelos de colores, y chales ofrecidos por los peregrinos rusos.

La plataforma de la cumbre, en la que está construída, no tiene más que veinticinco ó treinta metros en todas direcciones. A algunos pasos al Sur de la capilla hay una gruta suficientemente espaciosa para que pueda morar en ella un solitario: su entrada, de cara al Mediodía, ha sido regularizada por un arco de ladrillo. Según la antigua tradición referida por Santa Silvia y conservada hasta nuestros días, es la caverna donde el Señor ocultó á Moisés cuando hizo pasar su gloria en su presencia.

Moisés había obtenido misericordia para el pueblo prevaricador después de haber destruído el becerro de oro, y aun llegó á pedir al Señor una prueba del perdón. «Yo te suplico, dijole Moisés, que me muestres tu gloria. Respondióle el Señor: Yo te mostraré á ti toda mi gloria, y pronunciaré el nombre inefable del Señor

(1) *Dracena fragrans*.

(2) Exod. xxvi, 12-17.

(3) Exod. xix, 20.

(1) Exod. xix, 2; 8 et seq.; 8, 9 et seq.; 20, 21 et seq.

(2) Exod. xx.

(3) Exod. xix, 20; xxiv, 17, 18; xxxiv, 2, 4.

(4) Exod. xix, 3, 8.

(5) Quaresmio: *Flucidatio Terræ Sanctæ*, 1616-1625.



delante de ti. Yo usaré de misericordia con quien quisiere, y haré gracia á quien me pluguiere. En cuanto á ver mi rostro, prosiguió el Señor, no lo puedes conseguir, porque no me verá hombre ninguno, sin morir. Mas Yo tengo aquí, añadió, un paraje especial mío. Tú, pues, te estarás sobre aquella peña; y al tiempo de pasar mi gloria, te pondré en el resquicio de la peña, y te cubriré con mi mano derecha, hasta que Yo haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; pero mi rostro no podrás verle (1)."

La misma gruta tiene aún otros títulos á nuestra veneración. Por dos veces, hemos dicho, Moisés permaneció cuarenta días y cuarenta noches en Sinaí sin comer pan ni beber agua (2), y el Sagrado Texto nos indica con claridad que durante estos prolongados ayunos habitó la cumbre de la montaña. Naturalmente tuvo que buscar en la caverna un abrigo contra los ardores del sol y el frío de la noche.

En esta misma cumbre fué donde, después de los cuarenta días de penitencia, Dios le dió las primeras tablas (3), y escribió en las segundas (4).

El resto de la meseta está ocupada por los cimientos de antiguas capillas, una mezquita arruinada y una cisterna.

La peña de la angusta cumbre fué siempre religiosamente respetada: no se ve en ella ninguna inscripción ni corte alguno: las piedras de las construcciones que la cubren, todas de granito rojo, se tomaron de la misma montaña, pero más abajo. Ninguno de los santos anacoretas del Sinaí se atrevió á fijar su morada en esta sagrada roca, dice Antonino Mártir; nadie habitó nunca en ella.

Los cimientos de los diversos edificios destruídos, el número y la variedad de los antiguos materiales utilizados en la construcción de las capillas y la mezquita, demuestran que ha habido diversos santuarios en este lugar. Aquí se ve la base de un pilar; allá media columna ó una cornisa de ricas molduras, y aun un batiante de puerta, todo de piedra, semejante á los del Haurán y de la alta Siria. En tiempo de Santa Silvia había aquí una iglesia, no grande, dice la misma, pero hermosa. Dos siglos más tarde Antonino Mártir sólo halló un oratorio que no excedía de seis pies. La capilla actual, cubierta con un simple techo de tierra, no durará más que las que le han precedido.

Desde la altura en que nos hallamos las cumbres de las montañas sinaíticas, numerosas como las olas del Océano, ofrecen un espectáculo imponente. Al Norte los tres picos de Ras-Safsaféh se destacan en un horizonte de montañas sin fin que se pierden en los desiertos del Tih: al Este muchas cimas, á la vista del monasterio, sostienen en alto grandes cruces de madera, la mayor parte algo inclinadas por la violencia de los huracanes: más lejos brilla la prolongada línea blanca del golfo de Akabah, dominada por los montes de Arabia. Al Poniente aristas de montañas ocultan el golfo de Suez, dejando ver, sin embargo, las alturas de la orilla egipcia. A Mediodía detiénese la vista á poca distancia en los dos más elevados picos de los montes

sinaíticos, el djebel-Katherín y el djebel-Zebir, dos picos gemelos de una misma montaña que levantan al cielo sus afiladas puntas, y que según dicen dominan de trescientos cincuenta metros el djebel-Muça. En este cuadro los valles desaparecen; apenas puede seguirse el surco del gran uadi ech-Cheik, y hallar la abertura del Nakb el-Haua: únicamente el ancho uadi Sebaiyeh se presenta á los pies, por la parte de Levante, en su unión con el uadi ed-Deir: por este lado la montaña se abre á pico hasta una profundidad espantosa.

Antes de terminar diremos breves palabras tocante á las tablas de la Ley. La Escritura nos da ellas algunos detalles. Eran dos (1), escritas por ambos lados (2), y contenían las diez palabras que Dios hizo oír desde lo alto de la montaña, en medio del fuego, cuando estaba reunido el pueblo (3), palabras consignadas en el capítulo xx del Exodo, versículos 2-17, y con algunas pequeñas variantes en el capítulo v del Deuteronomio, versículos 6-21.

Las tablas tenían todo lo más 1'30 metros de alto por 0'78 de ancho, pues tales eran las dimensiones del arca de la alianza en que las colocó Moisés (4): dos codos y medios de longitud, un codo y medio de anchura y altura (5). Las primeras tablas no diferían de las segundas (6).

Acostúmbrese representar las tablas de la Ley prolongadas, redondeadas por arriba. Tal es, en efecto, la forma más común de las estelas egipcias y de las que se ven al rededor del templo de Sarbut el-Khadim, á dos jornadas del Sinaí.

Créese que la primera tabla contenía los dos primeros mandamientos, que se refieren particularmente á Dios, y la segunda, los ocho restantes, concerniendo más especialmente á los hombres, en los que se comprendía la ley del sábado, que, como dijo un día Jesús, fué hecha para el hombre (7).

### XXX

#### Ras-Safsaféh, punta septentrional del Sinaí, donde Dios proclamó el Decálogo

Mientras que procuramos representarnos la gloria de Dios descansando en esta angusta cumbre del djebel-Muça, y que allí adoramos al Señor, acuden á nuestra mente las palabras de los Angeles á los discípulos de Jesús en el monte de la Ascensión: «¿Por qué estáis ahí mirando al cielo? Este Jesús que separándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabáis de ver subir allá (8).»

Tenemos que alejarnos de estos lugares. ¡La gloria del Señor la veremos en el último día del mundo!

Bajamos por la escalera de los monjes á la capilla de

(1) Exod. xxxiii, 18-23.

(2) Exod. xxiv, 18; xxxiv, 28; Deut. ix, 9, 18.

(3) Exod. xxxi, 18.

(4) Exod. xxxiv, 28.

(1) Exod. xxxi, 18.

(2) Exod. xxxii, 15.

(3) Deuter. x, 4.

(4) Deuter. x, 5.

(5) Exod. xxxvii, 1.

(6) Exod. xxxiv, 4.

(7) Marc. ii, 27.

(8) Act. i, 11.



Elías. A mitad del camino, el beduino que nos ha seguido desde el monasterio quiere mostrarnos, á derecha, en una roca á flor de tierra, un hueco imitando regularmente la huella de un pie de camello. ¡Los infelices beduinos tienen devoción á esta piedra, y dicen que el camello de Mahoma, cuando el Arcángel arrebató al profeta al cielo, puso allí un pie, y los otros tres en Damasco, el Cairo y la Meca!...

Muchas ermitas, viviendas, capillas y cercados con árboles frutales que son ahora silvestres; numerosos trabajos para la retención y distribución de las aguas, nos trasladan al tiempo en que los sacerdotes y ermitaños del santo monte presentáronse á Santa Silvia y le ofrecieron como eulogias, al salir de la Misa, los frutos de sus huertos. Hoy todo está abandonado y desierto, pero en un estado de conservación que en otro país revelaría una ocupación no muy remota.

A media legua de la capilla de Elías nuestro guía nos

servía de asiento á los oficiantes: la luz casi sólo penetra por la puerta. Todas las capillas de la montaña tienen á corta diferencia las mismas dimensiones: ocho ó nueve metros por tres y medio.

Adelantándose hacia el Norte, el sendero baja y se pierde en una reducida planicie al pie de los enormes picos cónicos y rojizos del Ras-Safsafteh. Algunos huertecitos abandonados al extremo Este de la llanura; una antigua capilla, llamada del ceñidor de la Virgen, semejante á las que hemos visto; una fuentecita, algunos espinos arábigos y un sauce, es lo único que puede notar el viajero.

Los indígenas y los monjes dicen que la célebre vara de Moisés que se cambió en serpiente en el Sinaí y delante de Faraón, abrió las ondas del mar Rojo é hizo brotar agua de la peña de Rafidim, era una rama de sauce cortada en este lugar. Aunque en el Levítico (1) Moisés ordenó cortar ramas de sauce para la fiesta de



NIGER (*África Occidental*).—Antigua iglesia de Asaba. (Pág. 343)

hace descansar bajo un viejo almendro, junto á una cisterna cortada en la roca viva. Desde allí la vista que presenta el djebel-Muca es espléndida. Cerca de nosotros se levantan dos casitas de tres aposentos, y la ermita de San Gregorio. Por los alrededores, canalitos cortados con arte conducen las aguas pluviales á las hondonadas del monte, cerradas con barreras de buena albañilería. Uno de estos depósitos tiene diez metros de alto por cinco de largo. A un centenar de pasos, por la parte de Levante, hay la capilla de San Juan, y en el lado opuesto, algo más lejos, la de San Pantaleón.

El fuerte espesor de las paredes y la bóveda de piedra nos explica cómo estos santuarios han desafiado las inclemencias de tantos siglos sin grandes desperfectos. Exactamente orientados á Levante, terminan en un pequeño ábside circular tomado en el espesor del muro. Un simple cubo de ladrillos constituye el altar; una grada marca el coro, y un banco de piedra á la derecha

los Tabernáculos, creemos que para su vara escogió mejor madera. Con todo, este sauce no carece de celebridad, pues da su nombre á los picos vecinos: Ras-Safsafteh significa la cabeza del sauce.

El promotorio de Ras-Safsafteh ofrece otro interés. Frente majestuosa de la santa montaña; único expuesto á las miradas del pueblo de Israel, acampado en la llanura de er-Raha, imitando la Trinidad Divina con sus tres cumbres iguales que parten de una misma masa, fué el trono de Dios cuando el Señor vino á dar á Israel y al mundo sus diez mandamientos. De esta montaña humeante partieron los truenos, los rayos y el sonido de la trompeta (2). En estas cimas habló Dios á todo el pueblo reunido: desde el fuego, la nube y las tinieblas, con voz fuerte nada más añadió (3). Y los

(1) xxiii, 40.

(2) Exod. xx, 18.

(3) Deuter. v, 22.



hijos de Israel atemorizados, sobrecogidos de terror, se mantenían apartados, diciendo á Moisés: «Háblanos tú, y oiremos: no nos hable el Señor, no sea que muramos (1).»

Esta augusta escena de la promulgación del Decálogo ocurrió cincuenta días después de la inmoliación del cordero pascual al salir de Egipto. En el reino de las figuras corresponde á la manifestación del Espíritu de Dios á los Apóstoles reunidos en el Cenáculo: el Pentecostés de Israel figura el de los cristianos: Ras-Safsafah y la llanura de er-Raha son el cenáculo del Antiguo Testamento.

Las peñas de granito rojo de Siena son á pico. La subida es penosa, pues no hay vestigio de escalera ni de pista alguna, y luego tenemos que trepar ayudándonos con las manos, hasta que por fin llegamos á una abertura abierta como una ventana en la llanura de er-Rah. La cúspide del pico oriental está á cuarenta metros más arriba; pero para subir á ella habría que descalzarse y hacer prodigios de habilidad á causa de lo pelado y resbaladizo de la roca.

El campamento de Israel se ensancha bajo nuestros pies á quinientos metros de profundidad, y se alarga á lo lejos ante nosotros entre gigantescos muros de sombrías rocas, cortadas solamente á la extremidad por la brecha del desfiladero de los vientos Nakb-Haua. Asombrosa perspectiva, única en el mundo, ante la cual el alma siente como una impresión de la omnipotencia y majestad divina. Unicamente Dios pudo concebir y preparar tan soberbio teatro para la augusta escena de la promulgación del Decálogo, y tan magnífico lugar para los dos millones de hombres á quienes quería mostrar un destello de su majestad.

Cuando la poderosa voz del Señor proclamaba los diez mandamientos, Moisés permanecía en el campo, al pie de la montaña (2). Al fin de la promulgación el pueblo, despavorido por la voz de Dios, «se estuvo á lo lejos, mas Moisés se acercó á la obscuridad de la niebla en donde estaba Dios (3).»

Para bajar al campamento de los hebreos, el camino más corto sería el de Jetro: Sikket Chu'eib, una hendidura de la montaña al Este de la planicie, por la cual se puede deslizarse por los bloques de piedras hasta la rápida escarpa del uadi ed-Deir, y llegar al fondo del valle debajo del monasterio. Preferimos otro camino, el del uadi ech-Chreich.

Una antigua tradición, á la que se adhieren los sabios de la expedición inglesa (4), dice que es el camino que siguió Moisés al bajar del djebel-Muca llevando las primeras tablas en las manos (5). El sendero empieza, como el vallecito, en los alrededores del djebel-Muca: seguimos por él haciendo gimnasia y resbalando algunas veces, y llegamos por fin al fondo del uadi. Se ha dicho que es más fácil subir al Sinaí que bajar de él: la frase no sonaría bien en un libro de piedad, pero aquí es físicamente exacta.

(1) Exod. xx, 18, 19.

(2) Exod. xix, 24, 25.

(3) Exod. xx, 21.

(4) H. Spencer Palmer: *Sinai*, p. 180.

(5) Deut. ix, 15-17.

## MI DIARIO DE Á BORDO

### DESDE SAN NAZARIO AL CALLAO (PERÚ)

por el Rdo. P. Brunetti, de la Congregación del E. S. y S. C. de M.

#### II.—A lo largo de las costas septentrionales de América del Sur (continuación)

**FRENTE DE PAYTA.**—6 de Enero.—Hallámonos reunidos cinco sacerdotes, un Hermano dominico belga y dos Religiosas de Picpus: uno de los sacerdotes es ecuatoriano, de Cuenca, canónigo de Guayaquil; otro párroco español, de Sevilla, y un tercero, peruano, de los Padres de Picpus.

*Et invenerunt puerum (Jesum) et Matrem ejus, et procidentes adoraverunt eum.* ¡Una Epifanía en el Pacífico! ¡Oh, sí, encuéntrasele por todas partes al dulce Niño del pesebre, en las aguas del Océano como en los continentes, en una capilla de tablas como en las grandes basílicas de mármol!

El sol es ardiente; pero fresca la brisa del mar.

Payta (*V. el grabado de la pág. 345*) es un puerto importante, unido por un ferrocarril á la ciudad de Piura. Su bahía, en el fondo de la cual hay la ciudad, es una sucesión de rocas áridas y escarpadas. Más lejos hay terrenos absolutamente incultos, sin huellas de vegetación, en los que nunca llueve. Expuesto al sol poniente y adosada á la meseta, siéntese en la bahía un calor que abrasa.

9 de Enero.—Estamos sufriendo cuarentena por haber comunicado con Guayaquil, en donde reina la fiebre amarilla. Esta mañana observo desde el buque un tren que desaparece por un túnel. Va á Piura, en el rico valle de Tangaralla, á treinta leguas al Sur de Tombez y á noventa y dos kilómetros de Payta: en aquel valle, cruzado por muchos ríos, resolvió Pizarro fundar su primer establecimiento en el Perú, dándole el nombre de San Miguel, agradecido á la protección del glorioso Arcángel en los combates que había tenido que sostener contra los habitantes de Puna.

Desde esta primera ciudad española, construída á orillas del Piura, el futuro conquistador partió con ciento cincuenta hombres, atravesó la cordillera de los Andes, y sin guías, tras inauditas penalidades, llegó á Cajamalca, residencia de Atahnalpa, entonces dueño soberano del Perú. El usurpador, pues Atahnalpa acababa de arrebatar la corona imperial á su hermano mayor Huáscar, á quien retenía cautivo, había instalado su campamento no lejos de Cajamalca, y estaba todavía rodeado de su ejército victorioso, que se elevaba á más de sesenta mil hombres.

Con un puñado de españoles, compuesto de cien infantes y cincuenta jinetes, seguidos de dos pequeñas piezas de artillería, Pizarro concibió el increíble proyecto de apoderarse de la persona del monarca y hacerle prisionero, plan que puso en ejecución el 16 de Noviembre de 1532, y que fué el primer paso decisivo en la conquista del Perú. Esta conquista, en lo que lo maravilloso abunda, fué una verdadera epopeya. A la distancia de tres siglos y medio pareceme ver á los bellicosos cristianos con sus banderas flotantes y sus ar-



maduras brillando á los rayos del sol poniente, desembocar de las sombrías profundidades de la sierra y descender en orden de batalla las pendientes que conducían á la ciudad india, ante las atónicas miradas del vencidos de Huáscar y de sus guerreros, que contemplarían con temor mezclado de respeto á esos misteriosos extranjeros que venían de un mundo desconocido.

Veo á Atahualpa entrar sin desconfianza, después de haber abandonado su campo, en la ciudad, precedido de numeroso cortejo de servidores y dignatarios, llevado en un palanquín adornado con plumas las más raras y sentado en un trono de oro, acudiendo sin desconfianza á visitar al jefe de los rostros pálidos.

Luego, en un momento dado, el jefe enarbola su estandarte blanco en el instante en que por primera vez se oía la voz del cañón en la cordillera, y lánzase al combate á la cabeza de sus compañeros al grito de guerra: «¡Santiago y á ellos!»

*10 de Enero.*—El P. Soto, el P. Paloc y yo celebramos la Santa Misa, á la que poco se cuidan de asistir los pasajeros católicos. En nuestros tiempos reina por desgracia lamentable indiferencia en materia de Religión. La mayor parte de los cristianos no cumplen sus deberes con Dios. Apenas si creen en la inmortalidad del alma, y en las recompensas y castigos de la otra vida: en todos, con pocas excepciones, se advierte una vida puramente material. Levántanse á las ocho, para sentarse á la mesa á las nueve. Y ya no saben qué hacer para pasar el tiempo. ¡Misterio inexplicable! En los viajes más insignificantes de la vida, nadie hay que no sepa y examine bien dónde va, y tratándose del gran viaje á la eternidad, ninguno se preocupa del fin supremo.

En 1528, cuando emprendió su primer viaje Pizarro, después de haberse despedido de los indígenas de Tumbes, continuó su viaje hacia el Sur. Navegando todo lo posible cerca de la costa, dobló el cabo Blanco, y llegó al puerto de Payta. Los indios se le presentaron montados en sus balsas para ver á los maravillosos extranjeros, á «los hijos del Sol», como empezaba ya á llamarse á los españoles á causa de su tez blanca, de sus brillantes armaduras y de los truenos que traían en las manos. Los indios ofrecieron pescados, frutas y legumbres, mostrando el mismo carácter hospitalario que sus compatriotas de Tumbes.

*17 de Enero.*—Uno de estos días hemos estacionado largas horas delante de Pimentel, la primera de nuestras escalas, país nuevo aún á juzgar por las embarcaciones que se nos acercan, tales como balsas, que son de lo más primitivo en materia de embarcaciones: gruesas piezas de madera ligera, atadas fuertemente con lianas, y por mástil un árbol cortado en el bosque, al que se le han quitado la corteza y las ramas. Esas balsas de tiempo en tiempo las desmontan, y esparcen por la grava las piezas de madera para que se sequen, y conserven su ligereza y sus cualidades náuticas.

Otra embarcación hay formada por dos haces de juncos sólidamente atados, en medio de los cuales hay un hueco para poner las provisiones y el bagaje: por la parte anterior se levanta en punta, estando redondeada

abajo como la grupa de un caballo. La posición del único hombre que la monta es idéntica á la de un jinete. Tiene en sus manos la mitad de un bambú de dos metros de largo, del que se sirve alternativamente á derecha é izquierda, á manera de doble pagaya. A causa de esta semejanza con el caballo le dan el nombre de caballito.

Aquí en las costas del Pacífico, como en Venezuela y Colombia, las Antillas y el golfo de Méjico, el tipo común del pueblo es el indio: talla corta, regordete, cabeza grande, rostro ancho y aplastado, tez amarilla aceitunada, con ese aire impasible y algo melancólico peculiar de la raza cobriza; poblaciones de mestizos, descendientes más ó menos directos de los caribes ó de los incas. Los pasajeros de cámara que nos llegan de cada puerto tienen el tipo español y hablan castellano.

La costa Oeste del Pacífico ofrece á la mirada del viajero un aspecto que le es propio. La grande cordillera de los Andes forma de Norte á Sur como una espina dorsal á este inmenso continente de la América del Sur, que tiene en el atlas la forma de corazón (por no decir de pierna de carnero), como Italia tiene la forma de una bota. Mas esta espina dorsal, en vez de dividir el continente en dos partes iguales, sigue paralelamente de muy cerca en toda su longitud la costa del Pacífico, y sus estribaciones llegan con frecuencia hasta el mar. A partir de la Guaira (Venezuela) y Sabanilla (Colombia), donde tiene la cordillera sus gigantescas cumbres y sus más notables relieves, y que parece ser el lazo que une la cadena de la América del Norte á la del Sur, incesantemente hemos tenido á la vista sierras por lo común desnudas y áridas, detrás de una zona más ó menos ancha formada por inmensos bancos de arena cortadas por altos peñascos.

## CRÓNICA

**Congo.**—El Rdo. D. Guillermo Simeón ha publicado la siguiente circular sobre la fundación del lugar cristiano San Trudo en las Misiones del Congo:

«El año pasado la Obra de los Sellos usados, establecida en el Seminario mayor de Lieja, en favor de las Misiones católicas del Congo, había logrado su fin primordial: la fundación de un lugar cristiano en las regiones salvajes del Africa Central. Diez mil quinientas pesetas fueron remitidas por este objeto á los misioneros del Corazón Inmaculado de María, para que sin más tardar empezasen su obra. Los generosos bienhechores de nuestra Obra de los Sellos usados no dejarán, como nos atrevemos esperar, de acoger con el mayor interés estas líneas destinadas á referir brevemente la historia de esta fundación hasta el presente.

«Nuestros misioneros, antes de poder fundar San Trudo, tienen que sufrir mil malos tratos y contratiempos suscitados por el enemigo del género humano, enemigo cuyo reino se han propuesto destruir para establecer en su lugar el de nuestro Divino Salvador Jesucristo.

«Véase lo que sobre el particular nos escribe desde San José de Luluaburgo el Rdo. P. Van Aertselaer:

«La estación de San Trudo había de ser fundada en el distrito del rey Kassongo, á instancias de éste. Pero á causa de una intriga, hemos tenido que demorar por ahora esta fundación. «Mientras el Rdo. P. Cambier fundaba las estaciones de Hemptinne-Santo-Bendito y Merode-Salvador, los jefes vecinos y amigos de Kassongo se habían reunido para disuadir á este último



«del propósito de recibir á los blancos. Hasta se propusieron hacer un ataque el día que el Rdo. P. Cambier llegase al distrito, y entre tanto pegaron fuego á la barraca que el jefe había mandado construir para el misionero. Pero Dios velaba por su apóstol. Un neófito advirtió al Padre el complot maquinado contra él. Sin tardanza el Padre fué con algunos hombres armados á sorprender á Kassongo en el retiro donde se había ocultado. A pesar de sus protestas de amistad, el jefe fué conducido al lugar, en donde el Padre, delante de toda la gente y de los jefes hostiles, le reprochó el modo ruin de engañar á los misioneros. Sin embargo, el P. Cambier juzgó prudente contentarse con las nuevas protestas de Kassongo, y se alejó hasta ocasión más favorable, comprendiendo que por el pronto nada adelantaría. Mas como la estación de Kubala, situada á distancia de ocho horas del futuro San Trudo, tiene ya sus misioneros (los PP. Gasmyn y Hoornaert), la fundación deseada poco tardará en fundarse.»

«Como podéis ver, muy estimados bienhechores, el demonio suscita incesantemente á los Padres nuevas luchas y contrariedades, signo el más evidente de la próxima derrota de aquél. Los misioneros adelantarán á pesar de todo, porque constantemente les dan nuevas fuerzas estas palabras del Divino Salvador: «He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

«Entre tanto, queridos lectores, no olvidéis nuestra obra. Todos los sellos usados, pero muy particularmente los poco comunes, las tarjetas postales y sobres que llevan impreso el sello, nos son utilísimos. Enviadlos al Comité de la Obra en Lieja (Bélgica), y estad seguros de que Dios recompensará espléndidamente vuestro caritativo celo, porque cuanto hagáis por los pobres infieles del Congo, lo hacéis por Dios mismo.»

Los sellos deben dirigirse al Rdo. Guillermo Simeón, Seminario Mayor, Lieja (Bélgica).

**Ubanghi (Africa Central).**—El Ilmo. Augouard, vicario apostólico de Ubanghi, escribe las siguientes líneas, en las que se ve la santa alegría con que sufren todo género de calamidades esos verdaderos héroes:

«No tenemos obreros especiales, y por tanto, nosotros tenemos que hacerlo todo, aguantando los ardorosos rayos de un sol africano. Yo mismo me quito la sotana, me pongo un delantal y hago de carpintero y de albañil para activar los trabajos. No habla el ceremonial de los Obispos de esta vestidura, ni de estas faenas, pero yo creo que Dios no me reprenderá tal conducta, pues también San Pablo se alimentaba con el trabajo de sus manos.

«En este momento estamos fundando una Misión entre los terribles bondjos, para quienes constituye la carne humana el mejor plato.

«Es sin duda alguna la tribu más feroz de toda el Africa Central; así es que nuestros valientes misioneros se verán expuestos continuamente á servir de pasto á estos antropófagos. ¡Rogad por ellos, para que Dios los proteja y fecundice sus esfuerzos!

«Dentro de algunos meses iré yo mismo á fundar otra Misión en los bauciris, á doscientos kilómetros de San Pablo de las Rapidas, en Banghi, que se encuentra en el mapa de Africa á 4° de latitud Norte, sobre el Ubanghi, en el recodo que forma dicho río. En ese punto, el año pasado me vi expuesto á caer con uno de mis misioneros en una emboscada que me habían armado mis feroces diocesanos, con objeto de darnos hospitalidad en sus marmitas.»

**Bolivia (América Meridional).**—El Rdo. P. Fr. Bernardino Orellana, M. O., escribe lo siguiente:

«Hace año y medio que nuestro reverendísimo Padre Ministro general eligió y nombró al P. Mariano M. Gimeno, comisario general de la observante provincia de Charcas. Desde el momento que supimos este nuevo y acertado nombramiento, recaído en ese virtuoso y laborioso hijo de la Seráfica Provincia del Río de la Plata, en la República Argentina, quedamos llenos de esperanzas del pronto y seguro renacimiento de esa Seráfica Provincia de Charcas, en otro tiempo tan floreciente por la ciencia y virtudes de sus hijos, pero hoy borrada del catálogo de las Provincias franciscanas, y figurando sólo como una simple Comisaría.

«Estas esperanzas las fundábamos en las dotes personales de este nuevo Comisario, que como abnegado hijo de San Francisco supo siempre con entusiasmo y constancia férrea entregarse y arrostrar los más penosos é improbos trabajos para la reorganización de una provincia, cuales son un espíritu fuerte que haga observar nuestra santa Regla, al par que reedifique los conventos y eduque á la juventud, por lo pronto siquiera en los más principales conocimientos científicos y literarios. Por cartas y periódicos que de Cochabamba llegaron á nuestras manos, tenemos hoy el gran consuelo de ver que esas nuestras esperanzas no fueron vanas; pues sabemos que el P. Mariano M. Gimeno comienza á consolidar y reedificar los cimientos de ese vetusto edificio.

«Vemos, pues, con placer que este Padre, en cumplimiento de su delicada comisión generalicia, despliega toda su actividad á favor de la Seráfica provincia de Charcas, sin descuidar las tareas apostólicas de predicar y misionar á los pueblos á que la obediencia lo destina. Con esto queremos decir que el P. Gimeno trabaja en Bolivia, como en la República Argentina, con celo apostólico por la salvación de las almas, al par que cumple su comisión con verdadero amor é interés del progreso de nuestro santo Instituto.

«Este Padre, siempre amante de las glorias de nuestra Orden y ahora rebotando en alegría y contento por el hallazgo de una de ellas, nos decía así: «Días pasados hallé los restos del venerable y famoso Cárdenas, obispo del Paraguay y Santa Cruz de la Sierra; nadie me da razón de cómo se hallan en esta sacristía; pero son auténticos y se hallan además con ellos la mitra y dos pedazos de tunicelas. Escribí á Buenos Aires pidiendo al P. Abraham que me mande datos biográficos de tan ilustre franciscano, para ver si puedo escribir yo también algún librito antes de morir.»

«Escriba, pues, mi P. Gimeno para que el mundo franciscano sepa que aun vive esa grandiosa provincia de Nuestra Señora de la Asunción, antiguamente del Paraguay y hoy del Río de la Plata; esa provincia que dió tantos hombres ilustres [de ciencia, virtudes y trabajos apostólicos. Así se conocerá que á esa nuestra provincia matriz jamás le faltaron hijos virtuosos como los Araoz, Esquiú, Molinas, Zulzamendi y otros, cuyos nombres no recuerdo. que fueron á prestar sus servicios en las Misiones de Bolivia, donde hoy S. P. desempeña la honorífica comisión que tan acertadamente le confiara esta Curia generalicia. Así se podrá conocer que esa provincia siempre tuvo y tiene aún vida vigorosa y fresca en la exacta observancia de nuestra santa Regla, y que sus hijos desempeñan actualmente comisiones hasta en el Brasil, sin que por esto falten en ella hombres eruditos é instruidos que dirijan las cátedras de Teología, Derecho canónico, Filosofía, etcétera, etc., y que prediquen y misionen á los pueblos con celo apostólico y con crédito de nuestra Orden.»

## VARIEDADES

### EL APÓSTOL DE ALEMANIA

San Bonifacio, obispo de Maguncia y mártir, llamado con razón el Apóstol de Alemania, fué inglés, y tuvo por nombre Winfrido. Nació por los años 680 en Kirtón, condado de Deochire, y muy joven manifestó inclinación á la vida religiosa, logrando cumplir su anhelo en un monasterio de Encantras, donde desempeñó con el mayor celo diversos cargos. Habiendo resuelto trabajar en la conversión de los gentiles, dejó las costas de Inglaterra (*V. el grabado de la pág. 348*), y dió fondo en las islas de Frisia por los años de 715. Después de varias vicisitudes, y de ir á Roma á ponerse á la disposición del Papa, con facultades extraordinarias de Su Santidad salió de la Ciudad Eterna el año 719, y



entrando en Alemania por la Lombardía, se encaminó á Turingia para echar en ella la semilla de la fe de Jesucristo. Obró en ella grandes milagros; pero no fué el menor las grandes conversiones que hizo; y habiendo purgado en menos de seis meses de los errores del Paganismo algunas reliquias de la Religión cristiana que todavía encontró, tuvo el consuelo de ver convertida en poco tiempo toda la Turingia.

Tanto fué el bien que obró que el Sumo Pontífice, sin dar oídos á sus representaciones, le consagró por obispo el día de San Andrés de 723, mudándole el nombre de Winfrido en el de Bonifacio.

Corrió toda Alemania con infinitos trabajos, pero con un fruto muy correspondiente á la dilatación de su cielo. Los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver abatidos sus templos, juntando una tropa de gentiles le sorprendieron cerca del río Borda, y le quitaron la vida á cuchilladas, juntamente con el obispo Eoban, tres presbíteros, tres diáconos, cuatro monjes y más de cuarenta fieles, el día 5 de Junio del año 754 ó 55, á los cuarenta de su entrada en Alemania.

#### EL HUERTO DE UAD-ES-SEIAH

He aquí una muy curiosa leyenda que se refiere á los peregrinos de Tierra Santa, y que uno de ellos cuenta en estos términos:

El profeta Elías partió un día desde el monte Carmelo para ir á visitar algunos pueblecitos vecinos y avivar en ellos el sentimiento de gratitud hacia el Dios de Israel. Esta era la misión que el mismo Señor le había confiado, y aquel siervo bueno y fiel marchaba alegre y tranquilo á cumplirla.

Era el momento en que los primeros rayos del sol rompen las brumas de la aurora. La naturaleza despertaba; las flores entreabrían sus corolas, y las gotas del rocío suspendidas de las hojas de los árboles semejaban inmenso aderezo de diamantes. Los pajaritos piaban dulcemente en la enramada, y el Profeta bendecía con ellos al Autor de la creación.

Elías aprovechó el tiempo. Cuando hubo terminado, ya era tarde; el sol, llegado á la mitad de su carrera, enviaba sus ardientes rayos con fuerza inusitada. El hombre de Dios no había tomado aún alimento alguno; el sudor inundaba su rostro, y, sin embargo, dos horas de marcha le separaban todavía de su amado retiro.

Muy pronto una sed febril se apodera de él y le tortura de una manera horrible. Llega á la cima del Uad-es-Seiah, y encuentra á un hombre cultivando su huerto. Sabrosos frutos penden de los árboles, y hermosas sandías yacen por el suelo.

El Profeta, dirigiéndose al hortelano, le ruega humildemente que le dé algo de fruta para apagar la sed que le devora.

—¡Si no tengo fruta, mi amo!

—Y esos melones, y aquellas granadas, ¿qué son, pues?

—¡Oh Profeta! os engañan las apariencias y el deseo: ¡eso no son más que piedras!

—Entonces, bien; veré más adelante si encuentro algo. Y ahora, escucha: aunque tus palabras no han sido más que una irónica burla y una sarcástica menti-

ra, Dios va á hacer que sean de ahora en adelante una triste realidad. Si: todos esos frutos, según tú mismo has dicho, no son ya más que piedras.

Lanzada esta terrible maldición, volvió á bajar al valle. Pero, abatido por la fatiga y el calor, muerto de sed, Elías se postró de rodillas pidiendo al Dios de las misericordias viniese en su ayuda. En aquel mismo instante, la roca se abrió y dejó correr una vena de agua clara y fresca que jamás se ha secado, y que hace ya más de veinte siglos que fertiliza el Uad-es-Seiah.

Entre tanto, el avaro hortelano se regocijaba al pensar la mala pasada que acababa de jugar al Profeta.

—¿Por qué no cultiva como yo la tierra? se decía para sus adentros. ¿Si creará este santo holgazán que tengo yo obligación de alimentarle gratuitamente? Mis frutas son deliciosas, pero no se pintan para semejantes parásitos; las reservo para los buenos trabajadores como yo.

Arrancó después uno granada que, entreabierta, parecía ofrecer espontáneamente sus azucarados granos. Parecióle de un peso extraordinario. Quiere pelarla; ¡imposible; trabajo perdido; sólo consigue deshacerse los dedos! El Profeta le había dicho: «Todo eso no es fruto, sino piedras.» Desatentado corre á un peral, arranca la pera más gruesa, la lleva precipitadamente á sus labios, muerde con ansia: un diente le salta al rozar la piel: ¡es también una piedra! Quiere partir un melón con su cuchillo: la hoja se salta en dos pedazos. Furioso, blasfema y corre á coger una pesada maza de bronce. Golpea con fuerza: el melón se parte por mitad, mostrando su roja pulpa, sus pipas maduras, sus filamentos; va á tocarlo; no es más que un cristal de color, más duro que el cuarzo.

Todavía se encuentran hoy frutas de esta clase en la cima del Uad-es-Seiah, y el viajero aprende en ellas cuánto desagrada á Dios el egoísmo y la poca caridad.

¿Que, qué fué del hortelano? Nada más dice la tradición. Feliz él si, por un segundo milagro, el arrepentimiento hizo de su corazón de piedra un fruto agradable al Señor!

Tal es la leyenda del huerto de Elías. Lo que yo puedo asegurar, añade el peregrino que la refiere, es que me enseñaron en el Carmelo una piedra en forma de melón, cuyo interior, vacío, tenía el color de este fruto con un reflejo de cristal traslucido, y los Padres Carmelitas nos aseguraron que en otro tiempo se encontraban muchas piedras de esta clase en la cima del Uad; pero que han desaparecido casi todas por la piedad de los peregrinos.—X.

#### SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

*Para las Misiones de Fernando Poo*

D. Hilario García, párroco de Villamesia. . . . . 3 ptas.

*Para la Obra de la Propagación de la Fe*

D. Juan Fabián Roselló, Pbro., de Morella. . . . . 1'25 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.